

Estamos de mierda hasta el cuello

Cultura de la emergencia para un shock de civismo audaz

Frente a la barbarie financiera, la política sumisa
y la ciudadanía atontada es hora de movilizarnos

Toni Puig



Estamos de mierda hasta el cuello

Cultura de la emergencia

para un shock de civismo audaz

Frente a la barbarie financiera, la política sumisa y la mayoría de ciudadanos atontados es hora de movilizarnos

Vivimos en un estado de emergencia permanente impuesto por el poder político y económico, una situación de guerra civil diseñada para despolitizar a la ciudadanía. Estamos de mierda hasta el cuello. Srecko Horvat, filósofo.

La cultura es, en su determinación absoluta, liberación: éste duro trabajo explica porque interesa poco. Hegel, filósofo.

Pablo me despertó: *la cultura actual es una burra coja y pringada de nostalgia que caga civilización del simulacro*. Lo conozco en Rosario, después de una conferencia sobre la democracia como casa común desde la pluralidad ciudadana que doy con motivo de una espléndida exposición fotográfica de mi extraordinario amigo y fotógrafo Joan Horrit. Es alto, delgado, guapo, un tanto frío, pero a la vez se me acerca, seductor y quedamos en *emeilarnos*. Unos meses después, al inicio de su verano y mi invierno, otra vez estoy en Rosario, cae una tormenta que trastoca la ciudad. Me dice que *está en emergencia*. Y que a él le gusta pensar y trabajar desde la emergencia, porque *en el extremo todo es más diáfano*. Doy una conferencia sobre marca de ciudad con mis sugerencias sobre Rosario. Después vamos a cenar para intercambiar opiniones. Y surge el destello: *¡Latinoamérica y emergencia son sinónimos!*, me lanza. *Y también es emergencia hoy la cultura, Toni, recuerda lo que te dije como saludo cuando te conocí: escribe sobre esto*. Al salir, las calles son ríos...emergentes. Pablo fue ángel de anunciación que se perdió después entre la niebla del Paraná.

Las pujantes décadas del ultraliberalismo financiero han carcomido la cultura del pensar y el hacer ciudadano corresponsable, orillándola al ámbito del espectáculo vacío y con tarifas abultadas, podándola de todo brote verde de crítica y encerrándola en el espacio de políticos, gestores y artistas de medio pelo y mucha ambición, especialmente mediática y económica. La cultura se ha transformado, bajo la presión del mercado omnisciente y todos sus innumerables acólitos que se han sometido al rigor dogmático de las políticas culturales afrancesadas en los ochenta y después, ya obedientes, se sumaron con gustazo al dictado de la economía sacrosanta y los artistas como sus gurús ávidos de dinero incesante para tonterías presentadas como creatividad heroica, en producto de estantería o en gama del lujo con resplandor y bombo. Puro y escalofriante trampantojo.

Fin del inicio del novelón que creían interminable.

La insensatez de los recortes en los servicios públicos para laminar y pauperizar el estado del bienestar, la vulnerabilidad ciudadana, la ola gigante de los nuevos excluidos, el maltrato a la tierra ya tal vez irremediable, la tremenda desigualdad y la economía extractiva solo para el 1% de la población, la desactivación de la democracia, la corrupción trepidante... han hecho saltar la alarma: estamos en emergencia cultural. Ahora debemos derribar las estanterías doradas, con incrustaciones de perlas falsas, donde han colocado la cultura amansada, para que regrese como semilla fértil para-lo común-ético en la tierra polucionada de las ciudades. Con emergencia. Con audacia. Con un cierto descaro. Y plantearnos qué cultura para los próximos 50 años en los que occidente tendrá un crecimiento lento, las redes substituirán las jerarquías, la inteligencia artificial será una realidad, la familia no será tal, el cambio climático si no hemos actuado ya será catastrófico, la desigualdad del precariado puede ser la gran peste negra devastadora y el trabajo y lo monetario ya no serán el eje de la vida e incluso la democracia

representativa será una cáscara vacía. Los datos son de fiar. ¿Una cultura procomún creativa y colaborativa para el postcapitalismo? ¿Qué cultura para la post clase media en extinción y en la que la cultura viene centrándose desde la Ilustración? ¿Qué cultura para evitar tanto abuso bárbaro? No es suficiente una cultura de denuncia: necesitamos una cultura de alternativas con los ciudadanos plurales movilizados para la cotidianidad transformada.

Estamos en movilización.

Aislado en el monasterio benedictino de Montserrat, en la soledad sonora de su atmósfera, celebro la Navidad del 2017 releendo todo el texto, después de estar aquí en la del 2016, que es cuando empecé estas notas. Yo que cada día me siento más anarquista-místico-republicano, durante todo el 2017 he estado, con un equipo de amigos y amigas, impulsando otra cultura para la creatividad comunal desde otro monasterio, el Monestir de Sant Llorenç junto a los Pirineos, del siglo X, el monasterio donde se formó el fundador de Montserrat, el gran Abad Oliva. En Sant Llorenç he escrito la gran mayoría de fragmentos: es un exilio/relacional voluntario.

Lo he pensado y trazado desde el furor, la indignación y la esperanza en la tranquilidad de un espacio austero. Y desde el saqueo: muchas las han motivado lecturas y experiencias que me han impactado. Todas me han avivado a replantear la cultura que, urgentemente, necesitamos.

He optado por un texto escrito a modo de sinfonía en el que los temas melódicos básicos, emergentes, aparezcan repetidamente aquí y allá para crear una atmósfera saturada de ideas que inciten a la acción para una cultura del vivir y el convivir muy otra. Una sinfonía de fragmentos para escucharnos, entendernos, compartir, colaborar y transformar. Algunos temas estarán presentes, con tonalidades, ritmos y colores, intensidades... en la mayoría de apuntes. Son la sonoridad indispensable para la cultura reimaginada. Tal vez esta

insistencia asemeje el texto al trabajo pausado y repetitivo del picapedrero. Lo asumo con gusto. Porque abundan, entre los de la cultura, los del oído duro, sordo, para los temas que no han sido los propios de las tan tristes y célebres políticas culturales afrancesadas que han dado vueltas y vueltas en torno a los artistas, las industrias culturales, el mecenazgo empresarial, los grandes equipamientos, la gestión económica y la potenciación de públicos para ser siempre los mismos para lo mismísimo espectacular. Están en descomposición, pero se resisten a abandonar sus despachos enmoquetados.

Trompetas para el derrumbe, por favor.

Al Montserrat del 2017 llego desde la experiencia única en Europa de optar, en Catalunya, por la república -una democracia más vigorosamente ciudadana: la quiero escrita en minúsculas porque es para la cotidianidad compartida- en un estado, el español imperial, desde un amplio y continuado movimiento ciudadano civil no violento que quiere otra vida en dignidad solidaria, libertad creativa y corresponsabilidad continuada desde el *governémonos*. Los ciudadanos de Catalunya el 1 de octubre del 2017 votamos en referéndum para la república, a pesar de la prohibición y persecución judicial y mediática del estado españolista que supura fascio en sus decisiones prohibitivas. Frente al tal estado, que aseguró que no habría urnas, las hubo, custodiadas por multitud de ciudadanos. Y votamos, aunque los polis imperiales emplearon una violencia, frente a ciudadanos pacíficos, vergonzosa y antidemocrática. Entonces, los ciudadanos sabios, nos amotinamos: permanecemos en guardia custodiando los colegios electorales impidiendo que la poli se llevara las urnas. Horas épicas que marcan la vida de un pueblo. Fuimos dos millones. Y desde la gente, desde las calles y plazas, proclamamos la república civil. Que es la que importa. Porque es un modelo de civilidad otra: gente con gente siempre en diálogo y colaboración. Valores éticos, pues, en primer lugar, para la república-en-común-cívica.

Más tarde, y a remolque, se proclamó tímidamente la política. Y la violencia del estado español se desplegó entonces con toda su armadura represiva: tenemos mientras escribo esto pesos políticos y el presidente en el exilio. Nos acusan de nacionalistas: somos solo y descaradamente republicanos en un estado híper nacionalista retrógodo y violento con un rey marioneta de la derecha más recalcitrante y extractiva. Nos acusan de no ser una mayoría: las repúblicas, desde un motín, las proclaman una multitud jamás cerrada al diálogo y al pacto para que los ciudadanos sean primero. Toda república civil es un desafío a la estructura piramidal y opresiva del estado y su maquinaria que hoy es ya solo económica extractiva: socialmente delincuente. Somos, pues, ciudadanos rebeldía republicana, pero nuestros valores son todavía tímidamente republicanos.

Lo seremos plana y audazmente desde una cultura-otra-creativa-en-común, impulsada por los propios ciudadanos desde centros asociativos, grupos para las artes inconformes o espacios públicos liberados de la tutela partidaria/gubernamental. Lo seremos en Catalunya, las Españas, Europa, Latinoamérica y el mundo: ciudadanos en democracia *re(s)publicana*: pública, movilizadora, sostenida y ampliada desde todos y con todos.

Nos urge enormemente. Sabemos que la república cívica en la que queremos vivir y convivir se arma desde la cultura: desde una red de espacios ciudadanamente autorganizados para compartir creativamente valores éticos contemporáneos que nos faciliten algo tan radicalmente humano: recuperar la dignidad, luchando por una ciudadanía compartida.

Lo lograremos desde una cultura de valores de choque que movilice ciudadanía con un compromiso más intenso, audaz y actual con la democracia, la ciudad, los barrios, la tierra, el diálogo desde las diferencias, la justicia, la libertad o la creatividad colaborativa: no un poco, más o menos, tenemos la intención...Toda esta impotencia ya fue.

Trompetas de liberación, por favor, a lo Hegel.

Fin del espectáculo para la diversión incesante.

Con la cultura, juntos, rediseñaremos el mundo.

Releído el texto me parece un río de montaña, trepidante, inquieto, vigoroso, con algunas piedras/fragmentos que saltan feroces por su corriente serpenteante y algunas pepitas de oro que, hoy por hoy, no sabría escribir. Leer estas notas/ideas como tragos para la sed. A pequeños sorbos y en diferentes tramos: el orden es aleatoriamente personal. Quien los lea todos y seguido puede ahogarse fácilmente: ¡lo invito a cenar para reponerse! También se me antoja como un mosaico con colores básicos repetidos intensamente en muchísimas teselas que le inyectan arrebatos. Tal vez ha resultado un mosaico excesivo: quedaros con algún fragmento. Y aplicadlo.

Quiero, este es mi credo, una cultura que construya lo-pro-común y, desde este común-creativo-y-cooperante, ponga límites a lo político sólo partidario e interesado en los bolsillos de los políticos y lo económico que se concentra, repugnantemente, en el 1% de la población mundial, depredadores con inteligencia inaudita para la maldad. Quiero una cultura que reconstruya artesanalmente, pedacito a pedacito y desde las interrelaciones de los centros para la cultura en red con los plurales ciudadanos, los barrios demasiado abandonados y muy cabreados, devuelva la dignidad a los pobres humillados que no se dejan almacenar en guetos, esté junto a los inmigrantes que luchan por su vida en ciudades que sólo los toleran porque son mano de obra barata, entienda y energice a los jóvenes a los que prometimos todo y hoy se encuentran en el precariado, refuerce a las mujeres que desde la igualdad continúan sus luchas... Una cultura con todos los enfrentados a la gran lacra: la creciente y aberrante desigualdad desde una inteligencia multitudinaria compartida y esperanzada. La desigualdad está en el inicio del desmoronamiento de la ciudad y la misma democracia: es la enemiga para la cultura común. ¿Cuándo lo comprenderemos? La cultura de la emergencia, de otros valores-en-común es desde

donde debemos abordarla con hechos. Conviviendo otramente. Trabajo para una cultura que abandone la aburrida conversación que nos tiene secuestrados: apuestas entre artistas, repeticiones, sujeción a la ya totalitaria economía, capillitas, politiqueros autosuficientes, despachos enmoquetados, opción por el espectáculo incesante, obsesión por evitar pensar conjuntamente, desconexión con la realidad cotidiana, delirio por lo mediático... Una monserga prescindible. Y, además, fraude a la ciudadanía.

Necesitamos una cultura para la colaboración donde está instalada ahora la barbarie de lo financiero sin escrúpulos como gran proyecto humano. Urge una gran transformación. Radical. Huracanada. Una cultura para la desfinanciación de la vida, la ciudad y el mundo. No soy un atontado que está contra la economía. Simplemente viene después y debe volver a centrarse en la economía colaborativa, la productiva a escala ciudadana y regional. Una cultura que ponga en primer lugar el recuperar la-ciudadanía-en-común como base de la ciudad democrática. Porque la cultura nos facilita comprendernos, plantearnos horizontes alternativos, crecer humanamente...desde el dotar a nuestra-vida-común-de- sentido. Es siempre expansiva/curativa-en-positivo: empuja felicidad. La verdad, necesitamos curarnos: hemos consentido crear un mundo en el que los lobos mandan, infectan, miserabilizan. La emergencia de otro mundo y vida no podemos posponerla otra vez más.

Algunos creativos ya están aquí. Un ejemplo entre muchos, pero todavía pocos: los mexicanos *Daimonds Land* alzan la voz contra el consumismo y contra el poder. Su expo sobre *Arte y Otras Banalidades* presenta los intereses oscuros que mueven el mercado y la frivolidad que reina en el sistema del arte, interesadamente sacralizado. Son dos artistas que trabajan en equipo y se valen del arte para criticar todo lo que no les gusta. *Lo que interesa a la gente es – afirman – lo que conmueve. Si*

cambiamos de hábitos y nos reeducamos, se puede asentar un golpe mortal al sistema. La gente se queda sin casas y sin coches, después de haberlos presionado a comprar. El negocio prima sobre cualquier otro interés. El mismo arte está contaminado por los grandes empresarios especuladores. Para nosotros el Gugenheim no es el modelo a seguir. Preferimos contemplar arte en pequeños espacios. Tal vez es una de las pocas cosas buenas que nos ha regalado la última gran crisis global no concluida: arte para agitar conciencias y sembrar semillas de duda.

Nos han robado ya demasiadas palabras/hechos de vida para que continuemos despistados: democracia, derechos humanos, vida en igualdad, libertad, cooperación... La cultura de la emergencia no sólo debe rescatarlas y reinventarlas: debe transformarlas, otra vez, en vida de ciudad-con-los-ciudadanos. Basta de robos. Vamos, pues, no sólo a rescatar: vamos a desobedecer. Vamos a por los que perpetran tanta humillación en nombre de ideales que son simplemente mentiras y podredumbre, vociferadas desde discursos aparentemente inocuos que, incluso, suenan bien. Hay una medida para descubrirlos: proponen cosas que solo aportan grandes beneficios a unos pocos/mismos. Señalémoslos. Sin ningún respeto. Porque bajo su dominio, aparentemente amable y preocupado, la cultura ha dejado de ser cultura: crítica, para todos y en plural, para la libertad corresponsable y la creatividad ética, común, preguntona... Basta del buenismo imperante: señalemos los que proponen y siembran barbarie envuelta con lazos de amistad. Digamos públicamente basta mientras recuperemos cultura-de-valores-cívicos-en-común. Ahora desde y con los ciudadanos que retoman palabras vitales para transformarlas en estilo de vida compartidos. Impliquemos a creativos que afrontan problemas y retos que nos preocupan. Denunciemos a los abusones, a los manipuladores, con no violencia pacífica pero contundente, desde equipos que están en la cultura y sus centros públicos y ya no pueden más de tantos

abusos hirientes en ecología, en incompetencia mezquina, en agrandar desigualdades lacerantes, gente que aplasta todo lo que suene a común y son expertos en pillaje desde bancos, empresas contaminantes, corrupción insaciable, cambio de leyes para que les favorezcan, gente para la que el mercado es su único dios cuyo reino insultante es un sistema delincuente que quiere transformar lo público en un mercado solo para ellos. Ni un día más. Denunciemos sin rencor, pero también sin miedo. Con amabilidad contundente: ¡basta! Si no lo hacemos la camada de los Trump nos someterá.

En los gobiernos hay desdén por la cultura que siempre es punzante. Ponen sutiles impedimentos para la cultura de la inteligencia compartida, la que propone valores para una vida democrática con colaboración efervescente. Estos gobiernos potencian, cuando les conviene y para salir en los medios y darse un baño público, los grandes montajes para el espectáculo. O las declaraciones sin consecuencias: discursos fatuos. Si los examinas a conciencia, ponen una distancia infinita a las apuestas de grupos y pequeñas organizaciones que innovan para un estilo de vida menos groseramente comercial, sumiso y dictado. Porque no soportan la autoconciencia ni la auto-organización de los ciudadanos que la cultura favorece, potencia y es su motor plural. La cultura para la emergencia liberadora les espanta. Frente a ella vociferan seguridad y orden. Nosotros optamos por la pasión y la desobediencia. El porvenir ya no es suyo. Y los estamos mandando a la calle. Sus discursos para infundir miedo ya no nos afectan: somos ciudadanía adulta, inteligente y responsable. Con cultura para la cotidianidad.

El piano de la cultura suena: escuchémoslo. Manos indeseadas lo han aporreado en las últimas décadas para tocar melodías de mierda. Han optado por partituras que exaltan la rentabilidad económica, el culto al personalismo narciso, a la espectacularidad sin sentido, a lo artísticos como revelación

opaca, a la seguridad policiaca como gran tema para la ciudad, tolerando de mala gana las culturas inmigrantes, incrementado el consumo, dando por humano aquello que es barbarie... Manos de hierro han hundido teclas, destrozado cuerdas, descompuesto tonos. Casi lo destrozan. Pero los ciudadanos lo han rescatado y lo han devuelto al centro de lo público para tocar, con manos múltiples, anónimas, melodías para los valores cívicos, marchas para la motivación creativa, canciones de resurrección, polifonías de pluralidad desde lo que nos une, inundando la atmósfera de la ciudad, reencantándola para la vida libre y democrática, cooperante y tierna, interrelacional y con avance compartido. Al viejo piano de la cultura-para-la-vida-en-común reinventado, algunos se acercan con instrumentos otros, de cuerda, de viento, de percusión. Y dialogan, componiendo la sinfonía para el nuevo mundo, ciudad y vida transformada. Oyendo el piano, escuchando sus melodías, interiorizándolas y competiéndolas, la esperanza no cesa. Y la transformación liberadora avanza contra vientos y mareas. Estamos en pie. Somos marcha.

La cultura para la emergencia debe soltarse la coleta y agarrar todas las propuestas de los movimientos sociales, radicales y a menudo excesivamente creativos para la igualdad en una dimensión para lo pro-común- de-suma, para ponerlos en el centro de los anhelos, propósitos, proyectos, acontecimientos y programaciones con auténtico sabor ciudadano de nueva civilización. Para esto, seguro, debe haber un cambio mental – y también generacional – en los directivos/coordinadores de las organizaciones públicas y en las civiles para la cultura, tan repetitivas, tan planas, tan siempre lo mismo y siempre para los mismos. Sosas. Sin pilas. Sin olor a presente y, mucho menos, a futuro ya no solo improbable: construido de otra manera.

La cultura es para todos. Pero no por un igual, creo hoy. En primer lugar, la cultura es cosa de los que luchan por la dignidad, los que están en marea verde, los voluntarios en causas sociales,

los que se apuntan por la justicia, los que se movilizan por servicios públicos de proximidad y accesibles, los pobres y los anhelantes de vida con más calidad, los que comparten, los que crean futuro, los que se lo pasan mal, los que experimentan como algunos aplastan sus vidas impunemente, los desengañados, los que ya han tirado la toalla, los que están construyendo y expandiendo república... Y está reñida, no tolera y acusa, a los corruptos, los insolidarios, los mentirosos, los especulativos, los mafiosos, los de la mala fe disfrazada de virtud, los que cada día son más y más ricos sin mirar de dónde les viene el dinero. Almudena Grandes, en una *Feliz Navidad* desde un periódico, a estos últimos les desea que una ostra justiciera los intoxique. Casi me apunto. Si no enmiendan se merecen un par de ostras con larga diarrea para meditar sentados en el váter, que siempre es común. Todos somos ciudadanos. Pero a algunos la cultura nos fertiliza la vida. Otros se cagan en ella. Dudo que sean felices. Pero nos joden a conciencia.

Europa, la magnífica cultura europea que quedó arruinada tras la segunda guerra mundial, no lleva visos de recuperación: opta por cambios estrechos, está llena de prejuicios, es absolutamente artística y convencional, no crea confianza entre los ciudadanos, desprecia la cultura de los refugiados que es otra y también magnífica, ensalza a los ricos, boicotea sutilmente la que propone transformaciones en profundidad, impide que se ataque directamente al club financiero que la dirige groseramente, no invierte dinero público para proyectos culturales para la transformación, apuesta por el mecenazgo de las grandes empresas extractivas para financiarla –que tremenda tomadura de pelo: ¡las que maltratan a los ciudadanos y a la tierra ahora deben poner tiritas culturales!-... Necesitamos un vendaval de ideas/valores, de maneras y estilos de vida que atraviesen las fronteras mentales y físicas de Bruselas. Hemos de construir la Europa de los ciudadanos-plurales-en-común. Y esto lo haremos sólo desde una cultura de signo abierto, intercultural,

para sentirnos fuertes y audaces en lo pro-común, desde la libertad solidaria y plural. Debemos abrirnos a todas las influencias, especialmente del sur, porque durante demasiados años hemos soportado mecanismos de eficacia y eficiencia impuestos por la Europa norte que, a menudo, se cree superior porque es, simplemente, más rica. Estoy seguro que la recuperación o superación de Europa vendrá de sus ciudades y los pueblos del sur, de su cultura del sol que hunde las raíces en lo griego y está abierta a las composiciones fascinantes de un mundo que, durante siglos y contemporáneamente, se ha adaptado a estilos de vida donde los ciudadanos son algo más que un número o una mercancía. La cultura que no pretenda cambiar esta Europa solo económica y desigual, está disecada como empieza estarlo la Europa burocrática y al servicio de empresas potentes y unos pocos ricachones ostentosos. Ahora la cultura en Europa es negocio: los ciudadanos, que debemos consumir todo lo que dicta Bruselas, somos de nuevo administrados uniformados. Y la cultura es como vaselina para deslizar más y mejor la compra interminable. No será.

¿Para qué sirve la cultura – lo que propone desde el cine, la música, el arte... - si no prende en el alma de los ciudadanos? Jonas Nekas lo afirma a sus noventa años de cine. La cultura propone un gran aprendizaje no interrumpido que rehúye el no pensar, el individualismo cerrado, la satisfacción inmediata de los deseos mediante el consumo como gran vehículo, la avaricia, la exclusión... La cultura propone y exige pensar, compartir, aprender, prepararse para afrontar retos, tomar opciones, autorresponsabilidad, generosidad y corresponsabilidad, tesón y pasión, esfuerzo vital y compartido, opciones por la libertad y la igualdad, la democracia radical republicana o una vida no depredadora con la tierra. La cultura, pues, es una emergencia vital, continuada, que termina con la muerte plácida que todos deseamos y por la que tan poco parece que nos preocupamos porque tenemos demasiadas cosas para distraernos. Debemos

volver a reinventar lo que significa cultura. A saber, vida-en-común.

Cuando la cultura no tiene su cuerpo hundido hasta los pezones en lo social es aparato para el adorno y el entretenimiento porque se olvida de los ciudadanos vulnerables, no opta por la crítica propositiva a los gobiernos y dura al soberano mercado totalitario. La cultura, en estos años de gran terremoto y vulnerabilidad que atravesamos para la gran transformación, ha pateado muy poco frente a la desigualdad creciente que han provocado las políticas de austeridad, favorecedoras por goleada al reducidísimo clan de los poderosos pornográficos, ya ahogados en dinero. Ha gritado poco al lado de los ciudadanos que hemos pagado los estropicios, caprichos y abusos de bancos y financieros gordos. No es verdad que hayamos vivido por encima de nuestras posibilidades: ellos son los que han abusado salvajemente de una economía que les favorece única y exclusivamente: la del saqueo. Cuando la cultura no se enfrenta audazmente a esta obscenidad es culpable: contribuye con su silencio al ahogamiento de lo humano compartido. Gritar, patear, enfrentarse. Abre conciencias y potencia compromisos éticos. Y, a menudo, a los impulsores del desacato no les sale gratis: estar en la creación, la gestión y comunicación de cultura no es para pusilánimes conformistas.

La cultura, después de tanto tiempo decantada al espectáculo y a menudo confundándose con la frivolidad, debe recuperar su dimensión educadora, mostrando, desde lo que propone en sus espacios, ejemplos desde los que aprender y líneas por las que, libremente, podemos caminar juntos con vehemencia. Esto pide brillantez expositiva, capacidad de evocación desde lo que ocurre preocupante, osadía e, incluso, impertinencia. Jamás con autosuficiencia y pedantería. Siempre conversando, pacientes. Responsablemente. Con una conversación de valor ético como hilo conductor que impulse libertad y dignidad frente a la actual

estupidez partidaria miope y sus amos astutos, los poderosos financieros o el periodismo cretino, que impulsan estilos de vida contra la cultura bastardos, devastadores, con una belleza mortuoria insoportable.

Faltan muchos directivos visionarios al frente de las organizaciones para la cultura. Y sobran toneladas de monótonos, cómodos, sosos, anémicos, serviles, oficialistas. Faltan creativos para el sentido desde equipos que dejen a un lado la casta de los artistas sólo interesados en ganar plata, especie que hoy ya no pertenece al sector de la cultura si no al mercado de las altas finanzas. Faltan comunicadores que entiendan que su organización para la cultura debe estar en las redes sociales y en los móviles para otras noticias, otros conocimientos, otras vidas. Faltan empáticos con lo que ocurre hoy, tan preocupante: deberíamos estar más con los ciudadanos si queremos que la tierra no enferme, la vida tenga sentido energético, lo procomún no sea un adjetivo y el futuro esté saturado de esperanza positiva.

Una cultura desde la emergencia de valores para afrontar la gran transformación del a vida, la ciudad y el mundo es donde debemos centrarnos. Valores, pero, jamás en abstracto, enunciativos. La cultura debe transmitir valores como formas de vida: maneras de hacer, maneras de sentir y de interpretar, maneras de ver y convivir. Debe facilitar experiencias de crecimiento personal en calidad humana para comprometerse, responsablemente, con otras formas de vida desde la libertad creativa. La cultura no dicta valores: los facilita desde aprendizajes: genera procesos de crecimiento y maduración común y personal. Apostando, en primer lugar, por la pluralidad, la diversidad. Valores, pues, para un proyecto de vida ciudadano con sentido ético actual. Toda organización o grupo desde la cultura de los valores facilitará respuestas a dos preguntas fundamentales: ¿en qué ciudad y mundo queremos vivir? Y,

¿cómo quiero vivir y convivir en esta ciudad y mundo? La respuesta a ambas debe ser personal y en diálogo con los demás, con los otros, tan felizmente diferentes.

La cultura debe reconectar urgentemente con los jóvenes actuales, una generación, dicen, un tanto aburrida, obsesionada por sí misma, por hacer carrera, adicta a las tribus de las redes sociales, enganchada al teclado. Encantada con los selfies. Quieren gratificación espontánea, valoran la rapidez, la eficiencia. Pero consultan a sus amigos. Les van las marcas que no sean estrepitosamente de moda. Quieren probar cosas nuevas. No están dispuestos a gastar mucho dinero. Influyen en la familia. No son abusivamente consumistas y sí bastante frugales. Son sensibles a causas justas. ¿Cuántas organizaciones para la cultura disponen de un análisis de este público objetivo de los jóvenes con precisión y sugerencia? Sé que son pocas y excepcionales. Es grave porque si no conocemos real y personalmente a los jóvenes de nuestra ciudad no nos escucharán, porque somos incapaces de hablar su lenguaje. Y seremos invisibles para una multitud de ellos, gravísimo porque la cultura es fundamental para los aprendizajes importantes en la vida. ¿Haremos algo para salir de este estropicio? Cuando los jóvenes no inundan los espacios para compartir cultura deben sonar todas las alarmas. Y optar por todos los cambios.

La arquitectura para el lucimiento en los edificios para la cultura se acabó. La estética *póvera* se impone: recuperación de edificios o reutilización. Los edificios ahora hablan otro lenguaje más amable y tierno desde su estructura, facilitando comprender el espacio de un solo vistazo, olvidando oropeles decorativos o tecnológicos. Se busca la cálida desnudez en el edificio. El premio Pulitzer ha reconocido el reciclaje material y la apuesta de raíz cultural del chino Van Su en su museo construido con escombros de otros edificios. Aprendamos. Paralelo a este despojo esencialista en la arquitectura para la cultura, debemos

emprender otro: detrás de las obras, de todo lo que la cultura piensa, propone y moviliza, debe rescatarse una certeza largamente soterrada por oportunistas varios: la cultura late para una vida y un mundo con espléndida dignidad y felicidad compartida. Escucharla pide silencio y atención para entenderla, apreciarla y practicarla. Toda cultura no cotidiana es decoración.

La cultura para la emergencia debe ser excitante y atractiva. Porque propone y genera ideas indispensables, inspira futuro común y personal. Y lo hace de una manera irresistible: *quiero y debo estar en estas organizaciones para la cultura de más vida en la vida*. Esta cultura no es, entonces, para ciudadanos ociosos: es ayuda, motivación, energía para ciudadanos inquietos, buscadores, curiosos, progresivos, indagadores. Si las propuestas desde la cultura no facilitan a los ciudadanos vivirse con más intensidad y diseñar y vivir sus vidas con más audacia, lo mejor que pueden hacer los equipos para la cultura es abandonar sus espacios y montar una floristería o un restaurante mono. La cultura que no facilita horizonte, entrenamiento, retos, comprensión, creatividad otra, no es de emergencia: es domesticación neurótica. Los espacios para la cultura son, ahora, gimnasios para practicar civilidad-común.

Cualquier centro para la cultura es un punto de energía creativa, interrelacional, entre el equipo que lo dirige, gestiona, comunica, invita o atiende y los ciudadanos que lo visitan, experimentan, se abren, se revivifican. El equipo debe pensarlo y hacerlo todo desde esta tesitura. Y los ciudadanos, al estar y compartir, deben comprender que esta experiencia abierta tiene consecuencias en sus vidas personales y en-común. Al salir del centro, un ciudadano debe estar más dispuesto a entenderse y a actuar en la vida, la ciudad y el mundo. No en abstracto, quedándose en las buenas intenciones: la cultura para el buenísimo es, simplemente, estúpida, paños calientes. Debe, pues, tomar alguna decisión y cumplirla: la que su experiencia en

el centro le insinúa. Es verdad que esta decisión a menudo no aparece al pisar la calle porque se incuba. Pero aparecerá nítidamente si lo que el centro presenta está cargado con creatividad para el presente y el futuro. Y uno se ha sumergido voluntariamente en su relato.

¿Cómo afrontar el desencanto ciudadano desde la cultura?

¿Cómo dejar de andar y jugar siempre fuera del centro del campo? ¿Cómo tener una narrativa para la cultura llena de sentido, de preguntas, de horizontes compartidos, coherentes, articulados y nada deslavazados? ¿Cómo dotar la cultura de una visión a largo plazo? Lo que no funciona en una organización para la cultura es una programación de propuestas más o menos bonitas. No hay fuerza, vigor, reto. De continuar con esta perspectiva monótona a las organizaciones para la cultura vendrán los de siempre, los fieles conocidos y poco numerosos, porque los ignorados, los que no tienen empleo, los inmigrantes, los jóvenes inquietos, los mayores vitalistas, las mujeres emprendedoras, las víctimas de la desigualdad... quieren y buscan algo radicalmente vital, cuestionador, para compartirlo y vigorizarse. Lo que les falta a estas organizaciones es hacerlo todo desde el amor generoso con los otros.

No solo en Latinoamérica, en Europa también, debemos redescubrir los saberes de las culturas indígenas para el ciclo de la gran transformación en que estamos navegando. Así, algunas de estas culturas milenarias están profetizando que los nuevos tiempos serán más de tierra: relaciones en red, convivencia planetaria o intercambio recíproco. Serán más desde lo común: la colaboración, la cooperación, la comunicación, la co-gestión, la comunión, la comunidad y la ciudad en red... y todas las actuales y por inventar. En el ya lejano 2012 volvieron a sonar los tambores del fin del mundo cuando los mayas, tan sabios, lo que anunciaban era otro ciclo vital de regeneración más energéticamente cooperante para afrontar los nuevos retos que

o no queremos ver o a unos pocos les interesa que no los veamos. La gran colaboración, desde esta tesitura emergente de lo indígena plural, es sinónimo de gran despertar creativo y colaborativo, con latido de tierra energizante.

Harto del supermercado cultural que nos inunda, donde todo es cultura con mucho, demasiado, diseño y novedad superficial. Un supermercado que ha divinizado el cinismo, la antihumanidad y la intimidad hípercerrada. Un supermercado pensado y gestionado por tiburones, y no precisamente los de Damien Hirst, tan prescindibles. Todo debe respirar artes monas y, desde hace un tiempo, todo debe ser hípercomercial para clientes, porque los ciudadanos son anónimos y poco finos, vulgares. Con instalaciones gigantescas a poder ser para el entretenimiento absoluto, para saturar la emoción y estresarla para que no piense. Con lujo, mejor. Harto, pues, de artistas famosos, de profesionales atildados, de marchantes manipulantes e insaciables, de directivos atontados, de políticos oportunistas e idiotas, de críticos perdidos y crípticos, de gente creativa en marinar cultura y dinero o estética y oportunismo. Así es la gran diosa de la cultura venerada: salvaje en trampantojo decorativo. Y su reinado es la especulación. Emergencia: fumigarla con humanidad de los olvidados, pobres y buscadores de creatividad para la libertad creativa y la ética común. La incultura para el grandioso espectáculo desactivante debe ser substituida por la cultura de la cotidianidad colaborativa de abajo a arriba. Sin respiro.

La cultura de la emergencia, lo siento, solo puede ser radical y antisistema después del fracaso rotundo del sistema financiero y el sistema de los partidos. Ambos, un fiasco. No puede instalarse, pues, en el conservar. ¿Por qué no plantea cuestiones nucleares como el régimen de propiedad u otra organización del trabajo y deja de lado por diez años el Lago de los Cisnes, la Séptima de Beethoven, otra vez otro Shakespeare, para poner ejemplos

tópicamente repetitivos? Son buenísimos, pero. Debe abandonar su inmemorial tacticismo: apesta. ¿Por qué no insistir una y otra vez sobre el desorbitado crecimiento de las desigualdades y la destrucción de la tierra? La cultura debe plantear, como mínimo, una nueva época más ética. Y empujarla. La cultura de la emergencia tiene que hacer suya y lograr lo que planteaba Rosa Luxemburgo: *quien no se mueve, no se da cuenta de sus cadenas*. Debe centrarse, pues, en cuestiones importantes: entender lo que nos pasa para apuntar líneas que no solo alivien el sufrimiento: transformen sus bases. ¿Difícil? Necesitamos creativos y gestores audaces desde los tiempos tan machotamente humillantes.

El arte en la cultura es un puente hacia el sentido y la acción.

Un puente bidireccional. Que siempre debe recorrerse entero en los dos sentidos complementarios. El arte te pregunta, te cuestiona, te inquieta, te descubre, te señala. Si sabes mirarlo, comprenderlo, interiorizarlo, con humildad y silencio. Si sabes dialogar. Si estas abierto. ¿Y qué descubres? Siempre sentido otro, diferente, crítico, liberador, autoafirmativo. Te abre. Te construye y te reconstruye. Es vital para la vida personal y común. Pero quedarse aquí, ensimismado, paraliza, atrofia, academiza, aísla. El arte para el sentido empuja a la acción, al cambio, a la transformación, a los procesos de toma de decisiones personales y procomunes. Entonces descubres que mucho arte no es arte: es papel bancario, distracción, moda. ¡Tremenda responsabilidad la de las organizaciones para la cultura desde las artes! ¿Cuáles para el hoy y de qué manera? Están la mayoría museoficados: paralizados. ¿Qué equipo los despertará? ¿Qué ciudadanos las inundarán?

Me gusta demasiado el prefijo re: de restaurar, reinventar, revolucionar, revolver, remover, revelar, remar, reordenar, reinterpretar, reemplazar... Cuando, pero, lo aplico a la cultura, me suena a excesivamente continuista. Como de apaños varios.

Tal vez es mejor descuajaringar: desestructurarla, pegarle un par de tortas, tres patadas, para que se le caiga la caspa y el glamour, lo *cool* y la importancia, la artesticidad y el gerencialismo que la tienen tiesa, apelmazada, arqueologizada y en plan trasto al servicio de unos pocos. Si la descuajaringamos –me gusta la palabra por su sabor vulgar- volverá a ser atmósfera para la vida, *fiat*, original ético, transformación radical. Debemos descuajaringarla de las tinieblas de lo injusto, dominador y repelente con quienes ha convivido, se ha dejado manosear, besar en público. Y ha callado vergonzosamente. Esta cultura necesita morir. Para volver a nacer otra: contracultura de ciudadanía ética.

Me parece que la cultura desde hace unas décadas está empeñada en trabajar para su propia insignificancia: se encierra en sus espacios y salas o equipamientos, los directivos, la mayoría autistas y sin equipos plurales se limitan a administrar – éste es el concepto-, olvidándose que la gestión comporta hacer las cosas a través de otros-. Las organizaciones para la cultura se enorgullecen de que delante de ellas está un experto: ¡la plaga de los maravillosos y sabelotodo expertos! Económicos, claro. Están seguras que este es el modelo sin alternativa. ¡Idiotas, necias y mentirosas! Expertos –no lo niego- buenos en montar algunos acontecimientos singulares y mediáticos, mayormente carísimos, pero incapaces de establecer una relación de movilización confiada con los ciudadanos para la transformación de la ciudad, desde centros gestionados como energía civil, republicana, contemporánea. Urgimos de centros para la cultura empática, colaborativa. Con un proyecto de valor ciudadano que asuma los retos de emergencia actuales, que apunte a otro futuro que la cultura debe inspirar creativa y táctilmente. Si tal hacen, los centros/organizaciones para la cultura serán referenciales en los barrios y en la ciudad común. Si continúan con estupideces, algunas maravillosas, polucionan. Estorban. Sobran.

Amo la neurociencia. Explica que si queremos otra realidad, debemos convertirnos en otras personas: en ciudadanos diferentes. Quien lo facilita es la cultura republicana de la emergencia porque constantemente propone pensamiento energético para la transformación a partir de dibujar desde la ética común contemporánea otra vida, ciudad y mundo. Esto comporta que en los centros de la cultura desde la emergencia debemos estar dispuestos a modificar ideas y acciones, sentimientos y emociones, para aprender algo nuevo, imprescindible, no copiado, que favorezca conexiones cerebrales interciudadanas para la evolución personal y compartida. Esta cultura empuja siempre futuro a partir de dinamitar programas de terror/miedo, de culpabilidad, de pasividad o aceptación de injusticias, de dominación, que tenemos instalados en el subconsciente. La cultura de la emergencia nos presenta marcos mentales que superan y presentan otras circunstancias para la vida: otras posibilidades que podemos hacer reales, creándolas juntos desde actitudes y acción, para que sucedan. Así crearemos otra vida, ciudad y mundo si nosotros vivimos y compartimos otra vida, ciudad y mundo desde el sumergirnos en la cultura que propone y acompaña, que insista y convence: que transforma, libera. Si la diseñamos e incorporamos, lo lograremos.

Lo nuclear en la vida es lo no cuantificable, pero experimentable. Esta obviedad de sentido común ha sido desterrada de la atmosfera de nuestras ciudades porque lo imprescindible es tener, acumular y exhibir. ¿Cómo la cultura debe repensar la dimensión ética de sentido experimentable para la vida? Optando –perdón por el atrevimiento- por la psicocultura que nos libera del run-run capitalista culpatorio en su raíz: *¡si no consumes no eres nadie!* Tamaña grosería es bárbara, nauseabunda. Frente al psicocapitalismo financiero que optimiza positivamente la vida unidireccional sumisa

insistentemente para la producción y el consumo económico, necesitamos, urgimos, de una psicocultura pública que optimice energéticamente la mente para el sentido común de la convivencia y la autorresponsabilidad desde la pluralidad. Para ello, seamos positivos en las denuncias y movilizemos conciencias contra el narcotizante relato único, totalizante y dominador insolente de la economía como núcleo indiscutible para la vida plena. Fomentar la indignación frente a las toneladas de mierda tragadas en estos últimos decenios, tan bien maquilladas y orquestadas, no es opinable en la cultura para la emergencia de la dignidad humana. Hagamos esto, tan olvidado: dejemos de estar obsesionados por cazar éxitos y exhibirlos. Optemos por la tarea artesanal y paciente de los labradores que, paciente y constantemente, siembran. O, simplemente, desobedezcamos colectivamente. A menudo pienso que los centros para la cultura deben ser núcleos para la desconexión activa.

Los espacios para la cultura en las ciudades delimitan un lugar y tiempo públicos para que repensemos e inventemos cómo estamos viviendo y cómo queremos vivir y convivir. En estos espacios privilegiados se nos muestran inevitablemente fragmentos y visiones de vida presente u otra desde las ideas en debate, las exposiciones, el teatro y la danza, la música y el cine, la fotografía... Son fragmentos de universos abiertos al alcance de todos los ciudadanos. Debemos ir una vez a la semana, mínimo, para sentirnos, confrontarnos, compartir. Alimentándonos. Espacios para fijarnos en lo que a menudo no vemos ni escuchamos. Espacios latientes. Grandes, pequeños o medianos. Abiertos como la palma de la mano o como un horizonte. Vamos para experimentarnos. Después, guardamos todo porque este *todo* está cargado de simientes.

La cultura para la emergencia debe hacer una apuesta prioritaria por los grupos colaborativos que, especialmente

desde las artes, las ideas, la ecología, los derechos humanos, la igualdad común o la democracia radical proponen y movilizan contra inercias y estupideces en la ciudad. La cultura desde la emergencia debe facilitar que estos grupos luminosos se estructuren, trabajen, propongan y se den a conocer en red: son la mejor ciudad en fermentación, la ciudad laboratorio, la ciudad taller, la ciudad experimentación. Son cultura otra en florecimiento, con brotes verdes, a menudo con apuestas muy críticas y altamente creativas ¡Bienvenidos todos! Porque son primavera: renacimiento, transformación, futuro, resurrección, insurrección a menudo, movilización casi siempre. Estos grupos, respetando escrupulosamente su autonomía y personalización, deben disponer en la ciudad de espacios públicos liberados donde encontrarse con los ciudadanos y ser motores de más y más ciudadanía. Esto es lo que ahora más me apasiona y por lo que trabajo: cultura desde lo real horizontal, liberado.

Se, y como tantos rechazo, la incultura que con toques de barbarie grosera – espectáculo de *panem e circus* del mercado omnipresente que espectaculariza lo peor de la violencia y la dominación en sus múltiples facetas- nos inunda con un barniz de inocencia. Siento estupor por lo que estamos tolerando, desde ella, frente a la ordinariez salvaje y sanguinaria del sistema financiero mundial repodrido y restaurado con dinero público. Los de la cultura, sus equipos directivos, pensadores y creativos, se han vuelto inmunes al inmenso dolor del mundo porque adormecen y difuminan, con paños calientes, la crueldad que se ceba en los últimos, los constantemente empobrecidos y humillados o los refugiados: no quieren saber del extraordinario sentido injusto de la realidad. Estamos en el tiempo de demasiadas víctimas. La cultura de la emergencia, de entre todo este inmenso horror, debe facilitar lo que le es propio: ética para una nueva humanidad. Ética, canto, para poner fin a lo financiero como estilo prioritario desde el que vivir y convivir y a lo

partidario autista que les sirve desde gobiernos esclavos y ya contra los ciudadanos.

Ciudadanos con ciudadanos para la cultura-en-común: basta de tratar a los ciudadanos como públicos, como usuarios o como clientes, que es aberración. Es la gente, desde sus barrios y con más gente plural, la que debe crear la cultura colaborativamente, implicándose en la concepción y gestión de los centros. Directamente. A partir de mesas de trabajo regulares, de encuentros trimestrales. Los ciudadanos no son el fuera de la organización: forman el gran equipo con nuestro equipo. Dentro de ellos, los creativos del entorno, barrio y ciudad deben tener siempre la puerta abierta para que propongan, pregunten, critiquen. ¿Deliro?

La cultura que, constantemente, como el bajo continuo en los conciertos barrocos, no nos relacione más y mejor con la tierra, no denuncie su abuso intolerable y no plantee retos para impedir el cambio climático es directamente estúpida: está al servicio de lo inadecuado. Desperdiciamos alimentos, contaminamos incansablemente, no reciclamos, no optamos por las energías verdes, no paramos de consumir... a pesar de estar en constantes crisis: estamos en el despilfarro. El cambio de comportamientos vendrá desde la cultura o lo pasaremos muy mal. Debemos quitar de la cultura su ramalazo de bobería, de estupidez, de conformismo. De neutralidad idiota. La nuestra es una cultura perezosa para afrontar ágil y creativamente los problemas claves en los que vivimos. Es una cultura torpe. Necesitamos una cultura que nos diga inteligentemente que hasta aquí hemos llegado. Y que ya es hora para otro amanecer en el que nuestra relación con la tierra, con la desigualdad, la pobreza, el insulto de la corrupción, la vida misma, debe ser otra. Y apuntarla: jamás dictarla. Tal vez todo esté en una cultura que nos enseñe a vivir con menos, con mayor dignidad y sin pesimismo. ¿Una cultura desde los escombros? Es la cultura de la emergencia.

La cultura tiene por epicentro compartir la felicidad. A menudo, en sus aportes desde libros, teatro, cine, danza... nos presenta su imposibilidad, cuando estamos hambrientos de felicidad. La cultura desde la emergencia traza camino para vivirla y compartirla: no escurramos bultos, no apostemos por tibiezas, movilicémonos con fuerza para causas comunes inaplazables, planteemos retos, denunciemos abusos y mafias. Dejemos de comportarnos como patatas hervidas frente al imperialismo comercial que no nos quiere felices: nos desea desactivados, grises marengo, con ética blanduzca y dictada para ser, siempre, gente pasiva. Optemos por potenciar ciudadanos felices desde valores cívicos, críticos, prepositivos, que los centros para la cultura descubren, desvelan, empujan, ponen en valor... pero que después nosotros, los ciudadanos, debemos poner en práctica y compartir. Los centros para la cultura dan y piden libertad, creatividad, igualdad, estilos de vida abiertos y cooperantes, sensibilidad ecológica y con los diferentes, diálogo... Lo que presentan y proponen no es gratis: pide implicación.

El universo consumista que ha dejado arrinconada la cultura de la ética, últimamente ha optado por estetizarlo todo y a lo grande: todo debe ser estilo, seducción, diversión. Las marcas de moda –cuál no lo es- crean tendencias artísticas para la vida que debes personalizar con placer, descubrimiento y evasión de lo que te preocupa. Marcas para coleccionar experiencias hedonistas, expresivas, con sensaciones inmediatas para la autorrealización liviana. Frente a este tiovivo veloz de estéticas cambiantes cada temporada, las organizaciones para la cultura deben optar por la calidad, el esfuerzo, el pensar, el discrepar, el atrevimiento de estar con el otro diferente y no estético y si muy vulnerable. Y el medio y largo plazo. Debe hacerlo con audacia, con atrevimiento, con encanto, con provocación, con entusiasmo, con desafío. Para lograrlo, las organizaciones para la

cultura publica en especial, deben ser autónomas: no depender directamente del poder político/partidario de turno que impone, condiciona y siempre opta por la estética mediática antes que por la ética: por el mostrar antes que por el transformar. Ni depender de la ayuda interesada de empresas poco transparentes. No me fio, ya, de las organizaciones para la cultura que necesitan grandes presupuestos para ponerse en marcha: son carromatos para el espectáculo innecesario. Adoro las organizaciones que, con poca plata, sacuden su entorno. A estas, el dinero público que viene de nuestros impuestos, las olvida y, últimamente, putea. Exijo que una parte importante de mis impuestos estén, directamente, con ellas.

La cultura debe retomar su dimensión profética olvidada y a menudo menospreciada. Se ha fosilizado desde el regresar, una y otra vez, al pasado y se ha esclerotizado al amancebarse con el poder político y económico para obtener financiación y, bajando a lo cotidiano, asegurar grasos sueldos para sus directivos y la corte turiferaria de sus artistas desactivados. Debe regresar a los sin voz. Deben tomar y proclamar, voz en grito, la palabra los excluidos, los últimos, los humillados, los anhelantes de sentido ético en sus vidas, los disconformes y los herejes del *statu quo* sin aliento de ternura humana. Debe regresar a la profecía que es desafío, alerta, indignación, desobediencia, movilización, insumisión, ideas creativas, innovaciones para la vida personal y común, denuncia... sin violencia alguna. Pero sin concesión alguna a la irresponsabilidad, el obscurantismo, el abuso, la corrupción o la manipulación.

La cultura no es anti religiosa aunque desplegó, con vehemencia, sus alas civiles ante el mutismo de las iglesias frente a los retos y problemas modernos. Del judaísmo la cultura hereda la esperanza, que es clave en las ciudades. Del cristianismo, el amor, tan manoseado y cruelmente sexualizado. Y del islam, la fe que a mí me gusta traducir como confianza,

indispensable para la vida común y personal. La religión aparece en los inicios de la hominización cuando quedamos asombrados ante la naturaleza bipolar: hermosa y cruel. Sentimos y compartimos que algo inasible e ininteligible estaba presente desde la ausencia. Y apareció la estupefacción y el ritual en comunidad para relacionarse con lo inasible. Es –yo lo siento y lo creo- este un estadio muy primitivo que nos ha quedado impreso. Y que las religiones, después, -vienen del primitivo *re-ligo*: religarse- no solo lo han usado y apañado: a menudo lo han instrumentado para el enfrentamiento y la crueldad. Me quedo, para la cultura, en el primitivo estado de asombro que nos impulsa a religarnos en-común desde el ritual del encuentro en los centros y las plazas de las ciudades. Me quedo en su civilidad ancestral del impulsar ética compartida para el empuje civilizatorio. Me quedo con el ausente que deseamos presente. No solo me gusta todo esto: intento que inunde propuestas para la cultura que pienso, gestiono y comunico. Porque es poética humana destilada. No pretendo que nadie me imite. Solo cuento mi experiencia.

Mujeres para desvanecer y metamorfosear una cultura con insufribles tics de hombres macho alfa que ha exhibido musculo de grandilocuencia, fajos de dinero para construir grandes edificios y contar con las estrellas arquitectónicas del momento, poder político despótico frente a las periferias y miopía delante todo lo que no es mediático. Mujeres para feminizarla, para volver a su estado acogedor, tierno, sensible, preocupado por los que no han pisado sus moquetas y tomado cócteles en sus inauguraciones. Mujeres que amamanten el resurgir de otra vida en la ciudad y un mundo menos grosero y fanfarrón, menos mentiroso y devorador. Y lo cuiden: ¡qué imprescindible tarea! Mujeres en los equipos directivos, en los proyectos creativos. En el primer nivel y en todos los circundantes. Mujeres menos gestoras y más movilizantes, menos vociferantemente dictadoras y más con los brazos abiertos a las diferencias. Mujeres para el

diálogo desde la complejidad y la acción para alumbrar lo nuevo necesario. Cultura es femenino.

Debe ser propio de la cultura para la emergencia rebuznar frente a los que desactivan la democracia desde pelajes y estrategias diversas, sibilinas unas, burdas las más. Entre ellos, los que se enriquecen injusta e insosteniblemente: la mafia de los perversos glamurosos. Rebuznemos frente a ellos. Incluso peguemos alguna coz para que despierten. Pero rebuznemos, doblemente, frente a la resignación de los ciudadanos en multitud: hay alternativa. Los perversos siembran que no y casi convencen. La cultura está aquí para no solo desmentirlo: para esbozar vida con trazo abierto, firme y común. Luminoso. Rayo en la noche. Amanecer.

Presentemos ideas: inundemos con ellas el aire de las ciudades y el mundo desde el teatro, la danza, el cine, las expos, los debates, los libros... Presentémoslos con energía cuajada de sentido y, junto a los ciudadanos, presionemos. Y transformemos. Y avancemos. Son cosas justas e indispensables. Pidamos, exijamos como prólogo, redistribución porque la riqueza la creamos entre todos. Y hagámoslo desde la esperanza y contra el miedo que paraliza: esta injusticia actual, tan inhumana, será temporal si nos lo proponemos. Planteemos ideas desde lo concreto que preocupa: vivienda, empleo, inmigración, refugiados, salarios, democracia otoñal o desencanto. Discutamos lo que sucederá si la actual desigualdad salvaje avanza. O la inteligencia artificial se convierte en poder. Y seamos consecuentes.

Ante un mundo y unas ciudades gobernados mayoritariamente por ladrones y piratas- partidos vergonzosos y votados una y otra vez, alarmantemente, por los ciudadanos- donde cada día mueren ochenta mil ciudadanos por hambre, la cultura no puede poner los ojos en blanco: su neutralidad es colaboración. La

cultura es radicalmente política, que no debemos confundirla con lo partidario. Necesitamos una cultura política civil de puño alzado. Dejémonos de sutilezas, puros estereotipos claudicantes. Puño alzado es la expresión fuerte, en tiempos de emergencia: desobediencia civil manifiesta y proactiva. Puño alzado con ira cívica no violenta. Todo disimulo a partir de aquí me suena a paños calientes de siempre los mismos para no solo continuar igual: agravar la desigualdad, la vergüenza, la inhumanidad.

La cultura de la emergencia debe enfrentarse al lucro salvaje porque es la causa de nuestro modelo de vida, ciudad y mundo en fracaso cada día más alarmante. Este fracaso tiene un nombre doble espantoso: desigualdad y destrucción de la tierra. Insisto: son la lepra actual en expansión incontrolada. La cultura debe atacar con ideas y estrategias entendibles y prácticas, la concentración del capital en pocas manos sucias, sus propiciantes. Debe mostrar, descaradamente, esta doble injusticia. Me gustaría que sociólogos como Saskia Sassen estuvieran en los escenarios de nuestros teatros mostrando sus investigaciones, aportaciones y retos: explican con contundencia como el actual sistema financiero mafioso expulsa a ciudadanos que para ellos son números. Aumentan el daño climático, que para ellos no existe. Urgimos de unos Shakespeare de hoy, inteligentísimos. A menudo tengo la impresión que los que vivimos en ciudades agradables evitamos contemplar –ya no estar junto a- los escombros de pobreza, totalitarismos, abusos ecológicos, guerras inciviles, maltratos, violaciones... que son montaña. La cultura debe plantearlos. Debe surgir de estas barbaridades porque es esperanza, lo genuinamente humano que somos.

Funcionemos en red: una red territorializada que facilita significado, sentido para la vida, la ciudad y el mundo en transformación. El equipo de un centro, para esta tarea clave en el proceso de nuestra humanización en re-evolución, debe estar

formado por algunos creativos un tanto especiales: carismáticos o, en palabra inteligible, proféticos audaces. Deben facilitar signos/propuestas para el fluir de lo que nos importa en la vida. Necesitamos equipos dotados de olfato para la adivinación de alternativas al injusto y esperpéntico mundo que hemos permitido con nuestra pasividad insoportable. Tampoco es tan complicado restaurar la dignidad. Urgimos de propuestas abiertas, inundadas de horizonte para una cotidianidad no centrada en la economía como alma y el eurocentrismo como casa. Urgir es hacer. Y hacer en red, conjuntamente, para empujar juntos.

Alguien que no se estremezca escuchando La Pasión según San Mateo de Bach, la obra cumbre para mí de la música y no sienta el grito de rebeldía paseando por un barrio depauperado, no puede estar al frente de un centro para la cultura. ¿Bipolar? En el mundo de hoy ¿se puede ser otra cosa? Solo así juntaremos lo aparentemente opuesto. Lo confirmo en Guatemala después de pasear y trabajar en barrios miseria, donde encuentro a una gente de una humanidad infinita con la que nos planteamos qué podemos hacer para que los muchachos y muchachas no caigan en las garras de La Mara. Y lo reafirmo en el hotel mientras tomo notas para un proyecto que ya se está realizando, escuchando La Pasión con auriculares que no me alejan del barrio en el que hace media hora estaba con un chaleco antibalas: vivo la polaridad en toda su esperanza y desengaño. Esta es la visión, tan alejada de la gerentocracia economicista o de la artísticidad difusora. Ya no. Ya fueron. Ya fracasaron. Ensayemos otras propuestas desde la ética que supera estéticas decorativas.

La cultura pide una concentración mayor que el tres minutos. Nos han acostumbrado al consumismo cultural: es una atrocidad perpetrada por el insaciable mercado contra lo genuinamente nuestro que es el pensar imaginando. Ahora, con lo tecnológico inmediato y múltiple, el tiempo es un bien escaso. Así que, ¡tres

minutos! Si dejamos que los frívolos y tecnólogos fríos dirijan los centros para la cultura, los inundaran de cintas mecánicas en los museos para que pasemos, rápidos y según tarifa de entrada, por delante de las colecciones o prohibirán editar libros gruesos y sepultaran todas las sinfonías de Malher. Porque todo debe ser breve y sintético como un pantallazo visual en el móvil, lo más en todo. La cultura no cabe en este fogonazo de novedad: es siempre pregunta y reflexión, aprendizaje y propósito, diálogo y reencantamiento. La cultura empuja a que pensemos por nuestra cuenta, nos invita a compartir ideas y a transformarlas en acción personal y común. Pausadamente. Tres minutos, tal vez es el tiempo necesario para desconectar de las velocidades contemporáneas que inundan nuestras vidas cotidianas. Tiempo para poner el freno. Y abrirnos, sin tiempo limitado, al otro que está presente, diferentemente, en cualquier propuesta desde la cultura.

¿Y si la cultura de la emergencia fuera algo tan simple y humano, tan subversivo y deseado como dar voz cantante a los que no tienen voz? Que ellos, los acallados, los que ya no les queda ni la voz, ocupen los escenarios, las salas de expos y los museos, los despachos directivos y las salas de ensayo, los medios de comunicación, el latir de los creativos y el corazón de los espacios para la cultura. Es una propuesta radical. Y es, sin duda, la que optaría si estuviera al frente de una organización para la cultura pública, gubernamental o asociativa en una ciudad grande.

Si escribir poesía después de Auschwitz era una barbaridad, en la nueva barbarie del sistema financiero global escribir poesía es una necesidad para enfrentarnos a la ordinariez pestilente que proponen, a la crueldad en la vida que empujan porque la conciben solo como mercancía. Y no dialogo cooperante con el otro igual y diferente. La cultura como poesía, como palabra de sugerencias abiertas, nos facilita emoción, ideas, pistas, para

encauzar la vida, para descubrir ángulos olvidados e impensables desde los que estimularla, profundizarla y compartirla. Nos facilita observarnos y estar atentos a las propuestas y respuestas de los otros. Nos sitúa ante nuestras limitaciones y horizontes. Que siempre son de esperanza porque los construimos desde el ahora personal y con colaboración, con creatividad e iconoclastia para volver a situar la ética en el corazón de nuestras ciudades: la ética de los deberes y los derechos humanos por las que legiones han luchado y entregado su vida. Fin del dictado: estamos en tiempo de poesía.

¿Por qué los de la cultura, tan obsesionados por la novedad, no la tiran al váter y optan por la ecología, mucho más vital e imprescindible en las ciudades, facilitando desde ella pensamiento, propuestas y acción que impulsen sostenibilidad real constatable y constante entre los ciudadanos, implicándose en que todo sea verde a escala local e internacional? Lo obvio ha desaparecido de los despachos para la decisión en la cultura: las cuestiones cotidianas ciudadanas, tan vitales y universales, se dejan fuera de las reuniones. Estas cosas comunes, incluso son de mal gusto para los fans de las políticas culturales y el sistema del arte. Porque no son exquisitas. ¡Tontos! ¡Son vitales! Forman parte del mapa básico donde tomar decisiones creativas audaces. No entran en los despachos enmoquetados y ni están encima de las mesas de acero de cristal donde se sientan quienes contaminan la cultura con extravagancias y les importa un cuerno los problemas cotidianos de la gente. Ellos cuentan sus problemas exquisitos al psiquiatra caro que los consuela. En la entrada de todos los centros para la cultura debería haber un árbol con un cartel, diseñado a mano que diga: *a nosotros nos importa.*

A la cultura contemporánea, paulatina e imparablemente, la han encerrado en los centros especializados gestionados por profesionales híperespecializados que mantienen las ventanas

cerradas para no estar en contacto con el exterior. Solo mantienen una puerta abierta, previo pago de entrada. Es hora, desde la cultura para la emergencia, de reabrir ventanas, ampliarlas y suprimir puertas para que la libre circulación sea incesante. Y es hora también de que estos híperespecializados salgan de los recintos y no solo pisen las calles: se instalen entre los últimos, los desesperados, los conformistas desencantados, los irresponsables y corruptos, la buena gente... para que vean, comprendan, compartan y, desde todos ellos, propongan: faciliten propuestas otras en medio del corriente de la vida, con sus aguas turbulentas y turbias y las pepitas de oro que navegan entre ellas. Con un lenguaje claro, directo, propositivo y cuando sea menester –es tanto- crítico y acusador. Los buenísimos culturales fueron: nos ahogan en pasividad frente al deterioro público/democrático y el pirateo financiero, dos de los huracanes que han desembocado en la larga crisis omnívora, que no tiene la última palabra.

Aceptémoslo: todo el edificio de pensamiento y acción para la cultura instalado, desde los ochenta, por las políticas culturales se hundió estrepitosamente en el 2008. Fracasó el matrimonio de conveniencias entre cultura del espectáculo y economía neoliberal. Los que estábamos por la cultura del sentido para la cotidianidad también fracasamos por timoratos, acomodaticios y poco valientes. Yo me acuso. Y parece que el gremio de la cultura ha aludido toda responsabilidad cuando el gran crack del 2008 fue, básicamente, cultural: el sistema de valores imperante –esta es la palabra- se estrelló. Mejor: lo estrellaron. Y parece que los de la cultura estamos poco por la labor otra, impulsándola junto a los ciudadanos vilmente apaleados y desechados. Aceptémoslo: somos una pandilla de incompetentes. Ningún directivo y equipo ha sido expulsado por estar ciego frente a estas catástrofes de la dirección de un centro para la cultura. Incluso ahora está apareciendo una nueva camada de directivos y equipos más jóvenes con la misma tara: se han formado en los

másteres neoliberales de las políticas culturales, donde han interiorizado el último mantra: la cultura es social. ¡Viva la abstracción! Estos másteres imposibilitan caminar junto a los ciudadanos vulnerables en desigualdad estremecedora o los movimientos sociales cansados de nuestra democracia enfermiza. Inmunizan frente a lo sucio.

Un problema en la cultura pública: concentra la mayoría de recursos en algunos grandes centros, manifiestamente ortopédicos, marmóreos, aislados voluntariamente de los ciudadanos. Centros que optan por un modelo de cultura fuera de la vida cotidiana real, desigual y en enorme transformación. Tal vez deberíamos cerrarlos durante unos años por decepción y amuermamiento. Y dedicar sus recursos –hay muchos- a una constelación de centros para la cultura en los barrios de la ciudad con equipos de creativos que surjan de entre la gente, sus penurias y retos. ¿Radical? Me la replantinfla. Y me encanta que algunos se queden sin trabajo y sin espectáculos exquisitos porque otros muchos tendrán un trabajo interciudadano para la cultura y no optarán por el espectáculo: por reforzar y transformar el sentido para la vida en común desde gente con gente.

Queremos propuestas para la cultura que desprendan ética, sentimiento, complejidad, emotividad y horizonte. Que nos hablen del machaque actual. Con lucidez estremecedora, con implicación personal. Que se enfrenten a la nada pretenciosa y adornada de tantas propuestas aparentemente culturales, idiotas absolutas. Son modas efímeras de vanguardistas coñazos y vacíos como puro negocio, patéticos farsantes y sectarios. Propuestas, pues, como respuesta a la fragilidad de la vida. Propuestas que nos inoculen esperanza en acción y apertura. Que combatan el desasosiego y la vulnerabilidad. Que nos perturben. Que nos transformen en más sabios.

La cultura de la emergencia debe cortar todo contacto y colaboración con los grandes partidos políticos y las grandes firmas financieras. No pueden aceptar, de ellas, ni la sal porque en su ADN está enquistado el virus de la prepotencia y la corrupción, el robo insaciable y la desigualdad asumida. Debe pasar una generación para que estos dos monstruos se reconviertan. En estas tres últimas décadas han evolucionado hacia lo peor. Y no se reconvertirán si no los páramos y repudiamos desde una cultura común con valores extremadamente diferentes de los que, ambos, han intentado en los últimos treinta años dominarnos, subyugarnos, humillarnos y entretenernos. La verdad: lo han hecho muy bien. Pero se han excedido. Han exagerado su apuesta: querer vaciar la democracia. Si lo primero es delincuente, esto es inhumano, aterrador, aniquilador. Algo que exige la respuesta de millones de colectivos ciudadanos movilizados sin contemplaciones y siempre no violentamente frente a tamaña barbaridad. Es la hora de los audaces. Son tiempos de emergencia.

Terminemos con la mediocridad de la mayoría de programaciones y propuestas para la cultura, tan ingeniosamente novedosas como poco creativas para lo pro común. El ciclo es ya demasiado largo. Y asfixia. Terminemos con lo impuesto desde arriba en cultura para volver al ciclo de la conversación plural. Solo así saldremos del colapso con más velocidad. Ya estamos avanzando, pero demasiado lentamente. Ahora necesitamos un ciclo expansivo de creatividad emprendedora. Luminosa. Desafiante. Radicalmente pro ciudadana, ya no más pro partidista o para terminar igual. Basta también de la gran patraña que separa la creatividad de la vida para situarla en el Sistema del Arte, una estupidez oportunista montada por la mafia del arte/dinero. En estos largos años de hierro, la mayoría de centros para la cultura ha optado, desde sus directivos y equipos, por la mediocridad en sus dos variantes: la mediocridad por impotencia y la mediocridad por intereses.

Ambas impotencias tienen un denominador común: no molestar a los que mandan.

Emergencia, desde la cultura, para frenar los lobos hambrientos de los valores financieros –no son valores: son maldades- que concentran en manos de un mínimo 1% de desvergonzados inhumanos el poder del mundo desde la economía salvaje. Emergencia, desde la cultura para reinventar una democracia radical que no dependa de los partidos políticos autistas y vasallos de lo financiero, tan dispuestos a recortar servicios públicos para que todo sea mercado –la privatización de lo público es obscena- y erigidos como árbitros de lo que es bueno y malo para el común de la gente, olvidándose siempre de los últimos, los sin nada, vociferando grandes palabras vacías, metiendo la mano en la caja pública, ladrones a plena luz, delincuentes que la justicia perdona con legalismos oportunistas e insensatos. Emergencia, desde la cultura para cambiar el paso de una ciudadanía pasiva, narcotizada, sumisa, vasalla, recómoda, hedonista hasta el nihilismo. Emergencia, desde la cultura, para devolver la creatividad a lo cotidiano de la vida, arrebatada y secuestrada por los que se hacen llamar artistas y son solo cobradores de cheques con muchos ceros por obras de arte que son espectáculo, vacías de sentido, reflejo de su miseria personal, garabatos del abismo, mierda de artista como felizmente vendió un italiano sincero. Emergencia desde la cultura para plantear el horizonte de una humanidad que apuesta, en común y de nuevo, por la libertad, la igualdad y la colaboración, el gran proyecto humanista que inspiró el bienestar compartido desde democracias junto a los ciudadanos. Es, seguro, el gran reto que resume a los otros.

Algunos, tristemente pocos, espacios públicos para la cultura marcan diferencia frente a otra multitud de espacios insignificantes o simplemente monos: son los espacios que liberan sentido ético compartido desde ideas cuajadas de

presente y futuro. Y, capaces, también desde su positividad, de anular la avalancha de feroces propuestas que, bajo palabras de seducción, impulsan pensamiento micro, exclusión, sumisión, éxito a cualquier precio o un individualismo cerrado siempre de baja estofa. Hoy impulsan a partidos de extrema derecha que insultan y maltratan a los refugiados y mañana vendrán a por nosotros, los demócratas radicales, republicanos. Ya empiezan. Ética de energía, pues, cívica frente al huracán de los vientos buitres. Digamos las cosas por su nombre porque en la cultura actual todo es demasiado decorativo, desactivado, planchado y políticamente tan correcto que a menudo dan ganas de quedarse en casa. Una cultura desde la ética civil que cree, innovadoramente, otra política, otra economía, otra ciudad, otra vida. Porque todo lo que hoy tenemos puede ser diferente: más ecológico, más colaborativo, más igual, menos grosero, menos centrado en el dinero como pauta para tomar cualquier decisión. Es, ésta, la cultura ética del mientras tanto, del todavía no pero ya estamos. Si la cultura no sirve para esto –siempre ha sido así– es que los que en ella están/estamos y proponen son un puñado de indeseables a desterrar.

Debemos concebir y hacer de los espacios para la cultura casas de reunión en la intemperie de la tremenda falta de sentido que lo inunda casi todo. Casas como hogar donde repensamos común y personalmente: casas del alma para vivir conscientemente la cotidianidad y no solo los grandes acontecimientos. Nada frías. Llenas de gestos de acogida y sugerencia para la acción íntima y compartida. Casas para pensar constantemente con las ventanas abiertas. Muy abiertas. Casas aireadas que a la vez proporcionen recogimiento para saborear y replantear el sentido de la vida que ni la ciencia ni la tecnología pueden facilitarnos. Y menos el mercado. Casas coloquiales, nada abstractas ni con lenguajes cifrados o para expertos, para afrontar lo obvio en la vida, intensísimo, que a menudo descubrimos y es nuclear. Aceptémoslo: esta concepción y

vitalidad de la cultura para más vida en la vida, nada tiene que ver con el carrusel de novedades, espectáculos o atracciones en que se ha convertido la cultura, un producto más –y a menudo exquisito- en el gran mercado único que algunos quieren que sea nuestro mundo. No lo lograrán.

Optemos, especialmente en las ciudades, por una cultura multiétnica mestiza: criolla. Es la más pública porque parte de todos e implica a todos. Esta cultura debe ser el resultado de un amplio y libre debate, seguido de un pacto sobre cómo queremos vivir y convivir, juntos, en la ciudad-común desde nuestras diferencias. Esto requiere voluntad y algo más. A menudo los profesionales de la cultura convierten este mestizaje en un conjunto de novedades a poner en circulación: no como algo indispensable y conjunto desde lo que queremos vivir en la ciudad a partir de aportaciones y esfuerzos responsables desde la creatividad amplia y la colaboración continua de los ciudadanos. Los que llevan la voz cantante en este indispensable tema ahora son los intelectuales, los comunicadores, los artistas... mayormente con grandes intereses económicos y de estatus. ¿Políticos? Escasísimos. Cansa en los tiempos de gran transformación en los que nos hemos instalado, constatar la nula inteligencia para recrear otras maneras de vivirnos y convivir contaminadas solo por el mercantilismo invasor y no fecundadas por la fertilidad de culturas que proponen otros valores para la vida común. Amotinémonos para que la cultura en nuestras ciudades sea una cultura de culturas en constante movimiento de cruce y alteridad. Este mestizaje nos fecundara diferentemente: la cultura en nuestras ciudades necesita savia nueva

El sustrato de cultura en lo profundo de nuestra vida, ciudades y mundo occidental lo ha marcado a fuego las iglesias protestantes con su opción luterana y calvinista por la individualidad y la salvación única a través del esfuerzo

productivo y puritano, desde el norte y el centro de Europa, y la iglesia romana centrada desde la edad media con férrea disciplina en culpabilizarnos si no obedecemos a los delirios antievangélicos de sus jerarcas, tan obsesionados por el sexo, cuando el Jesús histórico defiende la prostituta frente a los acusadores fariseos. La cultura, hasta las revoluciones del siglo XX, ha sido cristiana, inventada por los poderosos pontífices de Roma o los pastores evangélicos, a pesar del rompimiento primero y creativo del Renacimiento y de la Ilustración revolucionaria después. Es hora de renovar nuestro fondo de armario común y personal desde una cultura civil que no excluye lo sagrado: basta de dogmas y preceptos intocables que tanto gustan a los hipócritas falsos republicanos americanos, cuyo máximo exponente es el delirante y obsceno Trump, presidente para la vergüenza, la grosería y el desastre. Basta de una interpretación de los evangelios que solo favorece al poder: los pobres, los inmigrantes, para los protestantes y los católicos, deberían ser los primeros. La cultura que necesitamos en estos momentos debe retomar este fondo común que apuesta por los últimos, por la igualdad, por la ecología, para transformarlo en el eje de la cultura común que nos comprometa, nos una y nos abra futuro.

Debemos reprogramarnos: es una emergencia. Porque el horizonte de lo humano compartido se está desdibujando. La cultura, el foco de sentido ético desde el que pensamos y actuamos, se ha convertido en las últimas décadas en espectáculo grandilocuente, en tecnología para el ocio virtual, en que cualquier cosa es una opción posible si es rentable económicamente o en el pulsar el pasivo *me gusta* y continuar con lo tuyo individualísimo y a menudo demasiado vacío. La palabra cultura es la que junto a la de pobreza/desigualdad, ha sido más devaluada y manipulada en estos últimos largos tiempos. Algunos idiotas incluso hablan de la cultura de la violencia: es pura y dura barbarie infecta. Los más la usan para

darse aureola en asuntos varios. Tengámoslo claro: la cultura está en la gratuidad, en la generosidad que no se compran ni se vende, sopla vientos de libertad y cooperación, facilita aquello – es sagrado– que nos facilita avanzar común y personalmente en lo humano constantemente reinventado.

Cultura para un largo momento de excepcionalidad en la que los ciudadanos mayoritariamente estamos disconformes con el estilo de vida perpetrado y auspiciado por los *boys* económicos de Chicago y los grandes partidos, sus esposas serviles. El gran momento empezó con el repudio a la pareja porque gracias a los movimientos sociales a uno le hemos identificado como mafia y el otro como casta. ¡Menuda pareja de delincuentes cívicos! El repudio es algo transversal porque los ciudadanos sufren la abominación de una desigualdad que podía haberse atemperado, como mínimo. En este tremendo momento largo de desnudamiento, la cultura no puede estar ni junto al matrimonio espantoso ni repetir ideas, valores y propuestas que concibieron conjuntamente en su estrepitosa alianza para crear una atmosfera de humo intoxicante. Lo bueno: la cultura sabemos que puede facilitarnos otros estilos de vida más allá de las artimañas del espantoso matrimonio. Y además puede forzar a la tal pareja a transformarse porque no les quede otro remedio: jamás lo harán por convencimiento.

La cultura para la vida se ha divorciado, definitivamente, del círculo de los académicos rimbombantes y autosatisfechos: la secta de los saberes intocables. Algunos de sus dinosaurios echan patadas librescas, periodísticas, en las radios y sus tertulias, a los que estamos por la cultura de la denuncia y las alternativas, acusándonos de poco rigurosos. Mienten: lo que no nos va a los de la cultura para la emergencia del vivir diferente son sus divagaciones encorsetadas, manieristas y a menudo casposas, siempre para defender el actual sistema en el que ellos se ganan espléndidamente la vida haciendo el trabajo de difundir

mensajes que no son vitales y sí muy oportunistas para que todo siga igual, con cambios de maquillaje. Normalmente invocan mayor calado y más profundidad: excusas para no bajar a la calle, para no estar en medio de las urgencias ciudadanas. Ellos jamás se manchan. Porque no están inmersos en los tiempos. Los que apostamos por la cultura civil de la emergencia para dar respuestas alternativas a la tremenda crisis de la gran transformación, se nos debe valorar y criticar porque somos capaces de aportar, desvelar, intuir, incitar o compartir otros estilos de vida siempre con un acento para lo común creativo y colaborativo. Nos arriesgamos. Innovamos. Palpitamos. No tenemos nada que ver con la vaciedad con que tales señores tratan asuntos muy graves, con su atildamiento academicista. Nosotros no trabajamos para los de arriba: estamos con los ciudadanos y los últimos en especial, embarrados.

Tal vez el concepto de futuro en la cultura para la emergencia sea perplejidad: frente a las seguridades muy oportunistas y débiles, sesgadas hacia la economía constantemente, que inundan el clima vital de las ciudades monitorizadas, que lo privatizan todo alarmantemente, cualquier propuesta en una organización cultural pública debe situar, a los que estén, en una dimensión de perplejidad, la antesala para preguntarse, cuestionarse, replantearse lo obvio y lo olvidado. La perplejidad propicia la libertad del atreverse a penetrar en uno mismo, en su intimidad: siempre descubres por dónde avanzar, qué derribar o abandonar y te sientes liberado del entorno comprendiéndolo sin los estereotipos, los envaramientos, los estatus jerárquicos y las poluciones múltiples. Lo común, entonces, recupera la nitidez de la inocencia ética por un largo momento que nos marea. Y nos impulsa a convivir diferentemente. La perplejidad es el envés de la seguridad dictada y asumida dócilmente. Es el punto cero desde donde volver a posicionarnos. Que no es poco. Y, seguramente, es el espolón desde el que optar por comportamientos otros.

El modelo *Barbie* de director para un centro de cultura en la ciudad es un insulto en este largo inicio de siglo de vulnerabilidades, desconciertos, empobrecimientos y búsquedas de sentido. Es imposible, al entrar en sus centros, afirmar lo que dijo Cesan cuando visitaba el Louvre: *entramos para aprender*. Ahora pretenden que entremos a visitar para pasar el rato ¡con la de cosas que hay que hacer en la vida! En toda exposición, en todo teatro, en toda música, en toda peli, en toda danza, en todo festival, en toda programación... debe latir intensa, nítidamente una propuesta para los que quieren ver y ser interrogados, una presencia de sentido que el otro nos brinda desde la inagotable conversación de un texto, narración, visualización, movimiento, situación... ¿Tan difícil es? ¿Tan idiotas son la gran mayoría de directivos y equipos para la cultura que ni se lo proponen? ¿Tan obstinadamente ciegos y carcomidos están por la frivolidad del espectáculo desactivado y solo decorativo que usan para mostrar la vacuidad de su ego embalsamado? ¿Hasta cuándo lo soportaremos? La ausencia de los ciudadanos en la gran mayoría de centros para la cultura debe interpretarse como desobediencia civil. Para estos inútiles, destierro al estilo de los griegos clásicos.

El teatro nace en la ciudad como respiración civil. Y lo hace en la Atenas que lucha por la primera democracia frente a los tiranos. Deberíamos no olvidarlo. Últimamente el teatro me parece que, sobre todo el que se presenta en salas pequeñas y espacios no usuales, regresa a esta tradición, reinventándola para nuestras ciudades tan agradables como desiguales. Plantea situaciones complejas, vivas, en carne propia. Algo inexistente en la pintura o las artes plásticas que han optado por la ocurrencia, la novedad o el convertirse en inversión financiera bajo el pomposo nombre coleccionables. Con el cine –y a veces con la danza cuando no se va por la abstracción y el exhibicionismo acrobático- el teatro vuelve a ser el arte de la ciudad capaz de plantear, crudamente,

urgencias. El de los grupos de jóvenes lo hace de una manera especialmente directa, cruda y convincente. De los plásticos me gustan algunos grafiteros, tremendamente a pie de calle.

Para los muy jóvenes el egoísmo, el narcisismo selfie, la obsesión por el consumo y la pasividad que conlleva no es inherente. Criados en plena recesión, en la lucha por el cambio climático, los terrorismos varios, son más realistas. Desean producir contenidos en las redes. Quieren formar parte activa de los servicios y productos que necesitan. Están moldeados por la recesión, la austeridad y la tecnología. No quieren endeudarse. Y son altruistas. Les repugna la desigualdad económica y social. Quieren ayudar. Y están profundamente desilusionados con la política: no se fían de los gobiernos. Quieren trabajar y divertirse en red. Les va el voluntariado y lo local: todo empieza ahí. Son críticos prácticos, no les interesan las grandes corporaciones. Quieren fundar sus propias empresas. O buscan trabajos con sentido. Y quieren cambiar el mundo. Defienden la justicia y la transparencia porque el mundo de sus mayores no les gusta. ¿Debemos esperar que esta muchachada esplendida tenga las organizaciones para la cultura para lograr lo que, inteligentemente quieren? Incorporémoslos rápidamente.

Debemos recuperar gestos, símbolos habituales, que son anteriores a la palabra y están en el inicio de la hominización. Los neandertales ya los practicaban en el entierro de sus muertos. Hay constancia. Y entre los primeros humanos, el ritual surge del maravillarse frente al entorno: se plasma en las pinturas de las cuevas para descifrar el misterio. La cultura como simple y burda producción de espectáculos y cacharrería para consumir y usar ha borrado gestos, símbolos: el único ritual es el del intercambio centrado en el dinero. En la ganancia desigual. El ritual es, aparentemente gratuito y necesario, inútil en esta falsa cultura del provecho. Hemos olvidado la atmosfera de comunión simbólica, abierta que el ritual traza para congregarnos y

situarnos en la senda del conocimiento compartido. El ritual abre asfixias, insinúa, motiva. Y despierta. Nos libera del egoísmo. Es antídoto contra la barbarie ciega y violenta, explicita sentimientos íntimos y comunes. Nos pone en la pista del intercambiar libremente. Es, radicalmente, antiutilitarista. Problema: ya no sabemos organizarlo ni convocarlo. Nos queda en algunas fiestas que debemos recuperar y reinventar. Y deberíamos practicarlo como atmósfera que envuelve lo que proponemos y como lo hacemos. Estoy en ello.

Víctor Hugo, clamaba en 1848, ante la asamblea constituyente de Francia: *las reducciones en el presupuesto especial de las ciencias y las artes son doblemente perversas. Son insignificantes desde el punto de vista financiero y nocivas en todos los demás puntos de vista.* Acertado. Hoy añadiría que hemos reducido inteligencia, conocimiento, además, en las propuestas para la cultura desde las artes. Cosa que es grave y nociva para la vida personal y común: impulsa el invierno de la conciencia y la convivencia. Se han cortado demasiados presupuestos públicos para la cultura. Cierto y lamentable. Pero también es lamentable la cantidad de dinero público que se ha derrochado, desde la excusa de la cultura, en construir equipamientos faraónicos e innecesarios, grandilocuentes y carísimos de mantener, en producir exposiciones, óperas, teatro, festivales... de un brillo absurdo a base de mucha plata y muy poca inteligencia. Se han pagado, y sigue, cifras exageradas y pornográficas a artistas amigos porque el arte es lo que nos salvará. Léase: nos hará salir en los medios de comunicación. El menor presupuesto por crisis ha puesto en paréntesis tanto despilfarro. Lo lamentable no solo es que haya escasez de productos culturales: lo insoportable es que la inteligencia parece que ha desaparecido de la cultura en estos tiempos de grandes emergencias. Algo estamos haciendo mal.

Hallo en un blog de bolsillo unas notas tomadas viajando en tren bajo el título de *Gran Reset*. Me gusta, cuando viajo, observar el viaje. Y pensar. Debemos apunté, desmaterializar la cultura ya convertida en un producto de consumo en la estantería de las marcas blancas. No será posible si antes no se reconvierte la gran familia de los culturales: los gerentes, directivos, políticos, creativos... deben anteponer a la productividad y las ganancias económicas, los valores éticos comunes que están en el corazón de toda propuesta que merezca el nombre de cultura. A menudo afirman que están en esta tesitura: lo están de una forma tan pasiva que... no están. Solo así las propuestas desde la cultura aportarán inteligencia para la vida en transformación en la que estamos y empujaran una vida, ciudad y mundo menos burdamente democráticos. Los ciudadanos lo esperan. Algunos –creo en realidad que la mayoría- de los gestores directivos que han propiciado el miserabilizar la cultura en estas últimas décadas, revistiéndola de los brillos del espectáculo vacío, ya no pueden continuar. Insisto: deben dejar paso a una generación menos economicista, partidaria y mediática. Las personas, en cultura, son claves. Los equipos, más. La cultura implica un enorme deseo de transformación personal y común, creativa, porque vuela alto. Si quienes la lideran no están en esta tesitura, apaga y vámonos.

Daremos un gran salto en humanidad si las culturas plurales y riquísimas del mundo se mestizan desde el dialogo y se ponen de acuerdo en impulsar los mínimos comunes –el sustrato ético- que las alienta: impulsan cultura de la no violencia como manera de resolver los pequeños y grandes problemas. La violencia siempre es una catástrofe. La cultura de la solidaridad o del sentirnos todos comprometidos con lo de los otros y cada uno aportando ayuda mutua colaborativa, es otro gran proyecto común de las culturas. La cultura de la tolerancia, que es hija de la libertad sin fronteras, no tiene más límite que el respeto absoluto al otro diferente. La cultura de la igualdad o el reparto

equitativo de servicios, oportunidades, impidiendo un mundo en el que 99% dependemos del antojo extractivo de unos poquísimos, no es solo una prioridad: es el reto primero que la cultura debe abordar. ¿Tan complicado es? ¿Tan difícil en la época de las redes? La (r)evolución para nuestro presente y futuro será cultural o no será. Y parece que no hay manera que la mayoría de los trabajadores para la cultura asuman este reto urgentísimo.

He estado revisando mi riñón productor de piedras en el hospital. En la entrada, un gran cartel: *la sanidad pública es de todos: privatizarla va contra los más débiles*. Sabios. Sentado, en la sala de espera, pienso que los espacios para cultura en estos tiempos tan desiguales y mentirosos, de tanto desencanto, deben ser hospitales: lugares de curación, de salud global, que nos reciben y cuidan como *hospes*, como huéspedes bienvenidos. Hospitales públicos para atender y acompañar a los más urgentes: los olvidados, últimos, pobres, desencantados, abatidos, los sin esperanza. Estos, primero. Y los que necesitamos respirar salud cada semana con mayor intensidad: los que queremos conectar con apuestas de sentido ético contemporáneo e indispensable para que nos purifique de la contaminación del mercantilismo como único horizonte, nos pase vitaminas, nos sintamos energizados desde la creatividad compartida, nos inyecte más vida en la vida. Hospitales atendidos por voluntarios, por profesionales, por chamanes. Vitalistas. Cooperantes. Jamás genios. Ni magos de las finanzas. Siempre próximos. Hospitales donde cantemos junto a chamanes contemporáneos.

Tenemos mucho trabajo. Se ha instalado entre la ciudadanía, después de años de proclamar el progreso permanente –y se ha avanzado, cierto-, un creciente pesimismo que proviene de la sensación de que las expectativas han fallado. Y lo han hecho estrepitosamente para una multitud de ciudadanos

empobrecidos y sin horizontes inmediatos ni a medio plazo. Como consecuencia de este escepticismo, el desencanto público cobra auge sin que los políticos estén capacitados para contrarrestar este sentimiento de impotencia general. La cultura, en emergencia, debe liderar intelectualmente, con creatividad de ideas y apuestas, la visión ciudadana/mundo para estos próximos 20 años por más que a muchos directivos y equipos se les perdieron las células cerebrales desde hace tiempo, carcomidas por estupideces y miopías grandísimas. Frente al desencanto supino y la frustración, ahora toca impulsar ideas real y audazmente transformadoras si no queremos que los ciudadanos incluyan a los de la cultura en la vergüenza de las castas, en el estereotipo de los prescindibles. El tiempo apremia.

Tal vez deberíamos, por un largo tiempo, dejar de usar la palabra cultura, desactivada vilmente, y sustituirla por civilización. No me encuentro cómodo haciendo esta preposición, pero me parece que es como dar un golpe, como un puñetazo sobre la mesa del espectáculo trivial y la artísticidad amancebada con el cheque graso, la intelectualidad tertuliana y la cultura como producto gourmet. Civilización, ahora me parece, indica mejor como pretendemos vivir y convivir: en democracia, desde la paz y la libertad, con igualdad y creatividad, cooperantes para afrontar los problemas personales y comunes, locales y globales, ecológicamente... Se me antoja que civilización, todavía, va más ligada al avance de lo humano apuntando al horizonte. Hoy, tristemente, estamos retrocediendo por la invasión toxica de la mafia financiera, los partidos políticos obsesionados por el poder y a su servicio y, también, por una ciudadanía mayormente parasitaria, conformista, desencantada, falta de sentido y estúpidamente cómoda. Civilización, pues, como horizonte totalmente otro. Y civilización planetaria desde las pluralidades locales bienvenidas.

Los de la cultura, siempre demasiado autistas, elitistas, jerárquicos, nos están abandonando porque no afrontamos los retos que los ciudadanos necesitamos para energizar las vidas en común. Personalmente muchos nos apañamos, que no es mala cosa. No todos y cada día menos. Pero comúnmente, la cultura no cumple con la misión de vitalizar continuada y renovadamente el ecosistema de vida compartida desde valores éticos, electrizantes e imprescindibles. La cultura, en estos últimos tiempos de esplendor salvaje, neoliberal, es pura y descarnada novela negra: primero se suicidan los gestores culturales públicos desesperados por los recortes económicos, ya muy enfermos por el virus del espectáculo incesante por el que habían apostado. Suicidio también es el silencio frente a los estragos de la gran crisis sistémica en la que estamos y parece que continuaremos. Como consecuencia ahogamiento de la ciudadanía: se nos impide encontrarnos entorno a preguntas y retos vitales porque ellos, los de la cultura ya suicidados por desespero, nada o poco proponen. Solo existe repetición burocrática, a menudo con luces de neón, que subrayan novedad, como si lo nuevo en si fuera sustancial. Entre tanto desastre, la emergencia es un clamor imperativo en la nevera de lo insustancial.

Menos Kandisnki y más alzhéimer, propuso Fornesa, un hombre de la economía, de la banca, cuando en Barcelona pasó a ser el presidente de la fundación Obra Social de La Caixa. ¿Disparate? ¿Escaparate? Palabras para nuestro tiempo. Las artes, especialmente en su sistema de comisarios y expos internacionales son un aparato que está enfermo: ya no tienen nada en común con los ciudadanos anónimos y sí mucho en común con la promoción personal, los precios para coleccionistas, el impulsar modas y artistas con muchos números y relanzar muertos para sacarles más pasta. ¿Debe una organización con dinero invertido por los ciudadanos potenciar esto? Mejor no. Más alzhéimer significa estar con los ciudadanos

en situaciones personales y grupales muy difíciles, invertir en investigación y en calidad de vida... que es, lo olvidamos tan a menudo, cultura de la mejor estirpe humana: ocuparse de los otros. Cuidarlos. El boato entorno de las artes maravillosas y la cultura del escaparate es oportunista: donde está hoy la mejor creatividad es en las ciencias para la vida digna. Fornesa, hombre sabio, pone el dedo en la llaga. Sabe de lo que habla.

Un centro para la cultura ofrece entradas casi gratis para descubrir y vivir de otras maneras. Somos acogimiento, expendedores de invitaciones para que los ciudadanos, cuando están en nuestros plurales centros, emprendan viajes personales y comunes hacia una concepción de la vida con más libertad, dignidad, colaboración, sensibilidad, riesgo, innovación o igualdad. ¡Felicidades! Claro que para que el viaje sea excepcional, una aventura de descubrimiento, de vida nueva, debe estar sugerida para estos ciudadanos con creatividad, generosidad, pulso abierto y alto valor. Somos, pues, además de expendedores de entradas casi gratis, diseñadores relacionales de posibilidades otras para la vida en nuestras ciudades y mundo. Diseñadores jamás narcisos, autoritarios. ¿Manera? Diseñemos las propuestas desde equipos plurales y en conversación constante con los ciudadanos que van a viajar. Tal diseño, en las organizaciones para la cultura institucionalizada es una rara excepción. En las de la proximidad, en los barrios, es frecuente.

La cultura de la emergencia esta contra toda sumisión. Más: hoy en día está para la insumisión activa, no violenta, desafiante y propositiva. La cultura anida especialmente y fecunda los movimientos sociales inoportunos para los gobiernos y sus amos financieros. Está en todos los grupos y organizaciones, en los corazones de multitud de ciudadanos, que luchan por la dignidad y la igualdad: porque los derechos humanos avanzados sean vida-en-común. Está en los grupos de música y teatro, artes

plásticas o cine que, colaborativamente, comparten creatividad en las plazas de las ciudades o desde pequeños locales que se han convertido en puntos indispensables de energía por una multitud de ciudadanos desobedientes, corresponsables, fuera del rebaño dócil de las grandes consignas, los miedos inducidos y la vida confundida con el consumo o el ocio desactivado. Son los ciudadanos del no, que ya empiezan a vislumbrar y experimentar como construir un sí desde experiencias personales y en pequeño grupo para otra vida, ciudad y mundo. Porque estamos en los tiempos de la agradable desobediencia civil como emergencia.

Quedé con Magí, en Tarragona a las 6 de la mañana en la Catedral de transición Románico al Gótico, un tiempo único para la arquitectura. Magí organiza el Festival Tarraco Viva sobre Roma en la ciudad cada año. No me lo pierdo: soy fan. Nos encanta conversar. Es viernes santo y asistimos al viacrucis por la parte alta de la ciudad, en el alba. Cerramos la procesión cual dos romanos metidos en un tema apasionante: toda ciudad debe diseñar, compartir y realizar un relato de posicionamiento desde la cultura que le confiera civilidad con estilo propio. No es así, acordamos. Los de la cultura no están por este relato emocional, singular e imprescindible, motor/atmósfera, viento y motivación. Todavía están en las infraestructuras materiales y propias. Y ya no digamos los alcaldes y los políticos, cicateros idiotas para la cultura pública. Paseamos amigablemente por las calles estrechas de la ciudad y me indica, en un paréntesis, por donde pasa todavía la pared del foro imperial. Nos falta tiempo. Y la procesión llega a su fin. Decidimos montar una jornada para plantear y debatir el tema del relato para la cultura. Ya amaneció.

La cultura de la emergencia debe abordar inseparablemente las profundidades de lo íntimo personal y las horizontalidades de las relaciones con los otros. Y los otros en común para ampliar

conocimiento, afianzar opciones éticas imprescindibles, potenciar interrelaciones colaborativas, impulsar creatividad para avanzar coherentemente en todo lo que pide vida personal y compartida de alta calidad humana en conexión con la tierra. En una palabra: la cultura para la emergencia facilita energía vital, tan paupérrima hoy, sustituida por la energía financiera, mortal. Las artes y el pensamiento, con la creatividad científica, nos facilitan muy especialmente esta energía cuando en lo que nos presentan está el misterio del otro que nos interroga y moviliza, a cada uno desde su voluntad y predisposición, a abrirse para renovar incesantemente su pensamiento, sus sentimientos, sus intuiciones. Me parece que los que estamos en eso de la cultura –a menudo tan insulsos- deberíamos releer el universo urgentísimo de Carl Gustav Jung desde los ojos de hoy y desde las oportunidades que construimos para el futuro personal y colectivo.

En Quito no puedo dormir por las noches debido al brusco cambio horario. El hotel es cómodo, la cama grande, los almohadones mullidos y a tele grande. Me entretengo mirando los infinitos canales de tele cuya programación, básicamente, la componen películas violentas o de evasión a menudo galáctica, largos spots para la venta inmediata de las estupideces más delirantes, deportes varios, algunos informativos con abundantes crímenes y robos y dibujos animados. Esta es la propuesta para el tiempo libre de la población. Logro ver alguna buena película entre una caterva de pelis con polis y crímenes atroces. En una conferencia sobre la ciudad algunos se quejan de la inseguridad. Me acuerdo de mis noches y le digo, sonriendo: *¿más que en su tele?* Ningún programa cultural arrebatador. Saben lo que programan los salvajes para adormecernos, callarnos y mantenernos en un clima de violencia, de miedo, difuso pero insistente.

No llegaremos a ser plenamente ciudadanos sin la cultura del dialogo constante con los otros diferentes, compartiendo y creando valor juntos, desde las diferencias. Los centros para la cultura de la emergencia deben, pues, ser espacios abiertos, plazas públicas para el encuentro de los plurales con quienes queremos convivir desde valores y estilos de vida contemporáneos. Cuando los centros se cierran sobre sí mismos sabemos lo que ocurre: optan por el espectáculo desactivado, el gran opio de la mafia financiera, priorizan enfermizamente la seguridad burocrática y la diversión para la pasividad. Pero si la cultura se ocupa de lo que queremos ser, es el ámbito privilegiado para encontrarnos y plantear salidas realmente humanas a la gran transformación, por la avería general provocada, en la que estamos. Una cultura que debe repensarse desde Dante: *dondequiera que haya valor existe dignidad*. Démosle un lugar privilegiado en nuestros encuentros.

El inmovilismo ha sido –y continua siendo- la gran enfermedad que sufren los creativos y gestores de la cultura anclados en el espectáculo de lo más y más grande, ahora difícil por la escasez económica en los recursos públicos. En estos tiempos de vacas flacas -¡en lo público hay dinero suficiente para la cultura pero priorizan otras cosas los muy miopes!-, han llorado mares, se han subido al sálvese quien pueda, tonto el último... Perpetrados en que la cultura, y especialmente en las artes, todos han de vivir bien y sin esforzarse mucho. ¡Que se hundan todos en su mar de lamentaciones! La catástrofe que han logrado es la indiferencia ciudadana frente a su cultura que no transpira, que no piensa, que no se enfrenta a la realidad tan desigual, preocupante, vulnerable e injusta. Con el inmovilismo y la indiferencia no se consigue que la cultura empuje civilización en profunda transformación. No hay avance entre los ciudadanos. Peor: avanza la barbarie del no pensar, del que me importa todo menos que nada, se instala en nuestras ciudades la pasividad y la

insignificancia ética y todo huele a que no hay salida. ¡Claro que la hay, pero no con ellos!

Gerard Mortier optó por reinventar la ópera porque creía en los públicos jóvenes, en la cultura como pensamiento y acción polémica, en el fuego en las programaciones, odiaba el mero entretenimiento y el boato social, le iba la frescura y la colaboración con sus equipos altamente innovadores, destilaba pasión, siempre buscaba revelación, la perseverancia y el rigor lo complacían, bajó precios de las entradas, asumía riesgos, era visionario, abría mentes, daba protagonismo a los jóvenes inquietos, optaba por la emoción, era hombre de compromisos y creatividad ágil, luchaba cada día para que las artes no se durmieran, transpiraba energía, le importaba Europa, le atraía lo profundo y lo compartía, el arte debía provocar catarsis, soltaba lo que pensaba aunque fuera inoportuno, aborrecía la banalidad y el mal gusto y, para él, la cultura siempre era una apuesta ética para la responsabilidad civil. Algunos lo atacaban por divo. Me da igual: con cien Mortiers en cien ciudades, hijos de panaderos, la cultura libraría otramente. Incluso desde los grandes equipamientos, para mi casi siempre cuestionables.

Hay que proponer movilizar, enfocar, empujar... cultura para el futuro. Porque siempre lo materializamos cuando la cultura impulsa lo común ciudadano con sentido compartido desde las diferencias. Así que todas las exposiciones que solo recrean maravillosamente el pasado o presentan un rasgo no fundamental del presente –algunas con una estética increíble-, sin una visión abierta en futuro, insinuantemente preguntando por el presente otro, que no desprendan implicación y empujen acción después de contemplarlas, conforman el gran puzle prescindible de la cultura momificada, enlatada, prescindible. A menudo estas exposiciones son las que ocupan los grandes titulares para la cultura en los medios de comunicación, dando la impresión de que son una montaña que uno debe subir porque

es lo más en la ciudad. No la subo. Pero sé que es junto a la cultura fertilizada con futuro, donde la ciudad incrementa talento porque alimenta la vida ciudadana y transforma las relaciones que deseamos otras. Esta inteligencia no acostumbra a aparecer en los grandes medios: la cultura de proximidad relacional, sin abultados presupuestos, sin la marca de grandes empresas o equipamientos institucionales de relumbrón, no les interesa: ¡poca cosa! Es imprescindible poner el radar y captarla para no quedarnos sin pilas. Porque hay creativos que escriben teatro imprescindible para la vida, como hay también cineastas, escritores e incluso algunos creativos plásticos. Hay grupos de danza y de circo, hay videos fascinantes. Y música. Pero parece que a muchos creativos y sus equipos en los centros para la cultura de la ciudad se les ha rallado el disco y repiten programaciones con los nombres de siempre, saturados de estereotipo. Si queremos estar con esta cultura alimenticia indispensable que necesitamos con emergencia, enfoquemos nuestros radares a las periferias de las ciudades, a sus múltiples barrios, y no nos quedaremos ni en casa, ni en el despacho, ni en el centro de la ciudad.

El totalitarismo suave para un mundo desactivado, tremendamente conformista, obediente,... hoy se expande desde el ocio imperante comercialísimo, el gran imperio para el atontamiento general de los resignados, autosatisfechos con casi con la nada. Es un sedante, un sonido adormecedor en estos tiempos de gran formato audiovisual-virtual. El tiempo de ocio, que debería ser el tiempo para la cultura, en primer lugar –me gusta llamarla biocultura porque alimenta personal y comúnmente a los que nos importa- se ha convertido en el tiempo desastroso de la estupidación generalizada mientras los profesionales para la cultura abrazan con gran alboroto todo lo que es cultura audiovisual sin criterio, grandiosidad en el espectáculo y sueñan que las economías grasas volverán. Esta cultura es una tesela más y lustrosa del Plan General Financiero

para la Desactivación de la Ciudadanía. El plan diseñado con mala fe resultó casi perfecto. Pero apretaron tanto, apuraron tanto su éxito, que un pinchazo mayúsculo les dejó desnudos: la tremenda crisis económica de estos últimos años. Algunos gobiernos acudieron a su ayuda. En vano: los muchachos y las muchachas indignados de las plazas terminaron por hundir tan perfecta ingeniería. Y señalaron a la mayoría de los capitostes de la Cultura para el Espectáculo General en toda su gloria y esplendor, americanos del cine violento y empresas virtuales insaciables en primera línea: hay una industria del ocio que nos prepara para el regreso a la selva y, ésta vez, todos en nuestras casas ante el Santo Ordenador. La muchachada inteligente ya está reaccionando. Nos saturaron.

La cultura para la emergencia nos enseña a desobedecer. Los que se asusten de tal palabra en la cultura que pongan un monísimo restaurante con cocina macrobiótica. La cultura nos hace críticos para que optemos, libremente, por desobedecer al tremendo ruido del mundo hípercomercializado, con democracias secuestradas, con un puñado de ricos bárbaros contra la multitud de ciudadanos plurales en vías de empobrecimiento y preocupados. Debemos desobedecer para estar disponibles para la libertad en el pensar y actuar otramente y más comúnmente. Para abordar desafíos aparcados u ocultados. Desobedecer para reencontrarnos, para reinventarnos como ciudad desde las diferencias. Desobedecer para crear y crecer. Desobedecer frente a las programaciones presentadas como grandes logros del avance humano: la última, el endiosamiento de las tecnologías de la comunicación virtual. Me encantó lo que leí en un bar: *no tenemos Wifi: ¡hablen entre ustedes!* Desobedecer para optar por la inteligencia colectiva y la colaboración entusiasta con código abierto. Desobedecer para dejar de ser aberrantemente solo eficaces, eficientes y productivos para ser más dignos, justos e iguales. Detrás del desobedecer florece la vida en-común.

Mis amigos de *Ajoblanco* nos convocan a un encuentro en su local relacional bajo el lema de *Revolvemos*: nos proponen abrirnos a una cultura que, entre una multitud y sin ataduras y concesiones, debemos reinventar con pasión, respeto, pluralidad, imaginación, humor, crítica, debate, dialogo y encuentros. Transgrediendo los límites. Nos invitan a salir del letargo y perder el miedo que nos ha atenazado durante demasiado tiempo. Ahora, urgentemente, necesitamos un pensamiento nuevo, libre, sin cánones impuestos y sin burbujas, donde las generaciones, las culturas, y las ciudades dialoguen, se mezclen y se expandan. Una cultura que recupere la memoria de la libertad colaborativa que ha sido ocultada. Una cultura para sentirnos vivos. Para lograrlo debemos apoderarnos de espacios de encuentro. Y no delegar su gestión y su creatividad a manipuladores, a menudo con discursos y programaciones que solo son decorativas y engañosas.

Si solo necesitas un hábitat discreto –comida y casa-, un trabajo ético, sentido para acompañar tu vida, amor, experiencias intensas y aire fresco, estás en la cultura de la emergencia. Solo debes compartir ahora y continuamente todo esto con tus próximos y lejanos para crear y compartir comunidad. La cultura de la emergencia es pobre entre los opulentos, es creativa entre los sosos, es liberadora entre los oprimidos, es colaboración entre los individualistas excluyentes, es acogimiento entre los desesperados, es pasión entre los desencantados, es vida entre los casi difuntos por tantas injusticias, es horizonte frente a los que levantan muros, es chispa de energía entre los abatidos, es sentido de dignidad para todos los que nos esforzamos, cada día al levantarnos, para que la vida personal y compartida pueda ser saboreada y, notando su aliento de placer, la convivamos con los que nos gustan y los que nos gustan menos. Solo tenemos una vida: una inmensa mayoría lo olvida. Este podría ser el relato

para un centro para la cultura de la emergencia en un barrio de la ciudad. O el centro.

Fin de los tecnócratas, tan limpios y peinados, en las organizaciones para la cultura pública. Fin de aerosoles esterilizantes para que no entren en ella los problemas y los retos que preocupan hoy a los ciudadanos después de una eternidad de austericidio y precarización, de aumento de las desigualdades, del descalabro de la política por falta de confianza y pillaje general de sinvergüenzas, por abuso de la tierra, por triunfo de totalitarismos excluyentes y repugnantes que se presentan con modales exquisitos... Basta de tecnócratas sordos, machos e invidentes, dóciles al poder financiero y al oportunismo partidario. Abramos las puertas de todos los espacios para la cultura sin excepción para que entre la multitud de los ciudadanos, especialmente los sin voz y sin gusto por lo exquisito del glamour de la moda, las mujeres con olor a cocina y los jóvenes quitándose los auriculares. Optemos, por un tiempo, por unas organizaciones al revés: que ellos, tantos, propongan, opinen, programen, llenen de sudor el aire inoloro e insípido de los despachos, helado. Venzamos el miedo y dejemos que en los suelos pulidos de mármol se amontonen algunos escombros y crezca alguna hierba. Y que algún muchacho salvaje deje algún grafiti maleducado en el vestíbulo. Nos purificará. Seremos otros.

La cultura de la emergencia ha carcomido el espanto de la virilidad machista de los hombres alfa tan guerreros antes y tan mustios hoy. Eran en sus despachos para la cultura atrocemente fuertes y talibanes. Les encantaba el poder y lo exhibían en sus trajes, cortes de pelo, marcas de relojes, cochazos, zapatería a medida, vinos caros y quesos franceses. Eran, en la cultura, los embajadores de la industria del lujo. Como vitalmente estaban vacíos, optaron por disfrazarse de lo último y más caro. La derrota a tales mamotretos empezó por el advenimiento en espacios de decisión y equipos de trabajo de algunas mujeres

primero y una inmensa multitud después, que han optado por la cultura con pasión y profesión. A estos machitos atacados hay que agradecerles algo especialmente esperanzador: han facilitado la feminización de la cultura que, aunque la palabra sea femenina, la actitud era de testosterona exuberante. Así las actitudes alfa de opción por el éxito despiadado y a cualquier precio, van siendo sustituidas por valores de cooperación colaborativa y sensibilidad para el acogimiento de los muchísimos que jamás osaron pisar las alfombras persas de la cultura, en diseño vanguardista.

Si hemos pasado décadas apostando por una cultura de campanillas, otemos por favor por una década de cultura en emergencia urgentísima: cultura para la igualdad en dignidad común. ¿Demasiado social? Solo lo rematadamente idiotas que deben pasar a trabajar inmediatamente para el sector Parques Temáticos para el Entretenimiento Eterno se hacen esta pregunta. Porque la cultura o es social o es otra cosa: es para la vida-en-común, juntos o comprometidos, o es trastería para tiendas finas en las calles de las ciudades más caras. Toda cultura que no es para la cotidianidad creativa, colaborativa, compartida, comunicada –las c, tantas- no es que sea alta cultura, como algunos vociferan desde sus poltronas: es estafa pública pornográfica, incienso a artistas y políticos, acrobacias en el cielo de lo prescindible. Disparate.

El arte ya es mercado: toda la amplia gama de lo plástico se transmutó en billetes, en moneda, esperando que mantenga su valor/precio y que aumente, por favor: mercado y negocio. Sus epicentros están en las grandes subastas donde los precios son gamberros. Y las grandes ferias, pulidísimas. Nauseabundo. Y esta insaciable sed de dinero y ganancias ha contaminado la atmósfera de arte en general. Alarmante. Con emergencia necesitamos otro arte desde sus poliédricas expresiones. Tal vez el teatro de pequeño formato y el cine sin cifras

económicamente desorbitadas, con una cierta danza contemporánea nada mecanicista, son hoy el arte que más cuestiona, propone, interroga y abre. Cuando, insensatamente, hemos desligado el arte de los valores éticos fundamentales para el sentido y el buen vivir y agradable convivir, la cagamos: abrimos las compuertas a la mercantilización a gran escala. No digo que comprar arte sea como comprar el amor, pero mucho se le parece. Sé que los creativos deben poder vivir de sus creaciones. Pero con límites. No ganando unos sumas infinitas si las comparamos con lo que ganamos los trabajadores en oficinas, fábricas y pequeñas empresas, artesanías o campesinos. Por suerte, a menudo me encuentro algún creativo o grupo que actúa otramemente y es buenísimo.

La cultura para la emergencia debe asumir riesgos, debe tener frescura, ha de esbozar un punto de irreverencia... porque el ahogo de las cúpulas extractivas está destrozando a machetazos los servicios básicos del estado del bienestar que construimos con tanto esfuerzo común, liquida libertades por las que tantísimo hemos luchado duramente e incluso muerto, plancha la democracia para que sea regida desde el mercado o desde monstruos como el peinadoísimo presidente USA... Frente a todo este estropicio premeditado y escrupulosamente ejecutado, como un ballet que en Europa lidera Alemania, la cultura no puede ni callarse ni mirar a otro lado. Demasiado a menudo ha sido como el ramo de flores de plástico entre tanto estropicio. La cultura para nuestra emergencia debe pensar y actuar como si constantemente alumbrara, sostuviera e incrementara un plan imprescindible para la vida con sentido, dignidad, libertad, igualdad y colaboración. Constantemente debe proponer y sostener causas vitales que nos preocupan o deberían preocuparnos. Continuar consintiendo una cultura en baja forma ciudadana, nos desestabiliza.

La cultura debe facilitarnos y empujar duro unas ciudades que no sean solo un gran mercado: deben ser, prioritariamente, una civilización. El mercado omnisciente, atonta y pasiviza. Y en este estado de ánimo aparece el vacío y la frustración. Entonces, más tarde que temprano, cada uno se pregunta por su razón de existir y solo los más profundamente ciudadanos se preguntan personal y colectivamente en qué ciudad viven y quieren vivir realmente. La cultura para todos ellos y todos nosotros es y debe ser la dimensión constructiva para la vida con sentido que nos apetece y necesitamos: nos facilita instrumentos para pensar y vivir mejor. Desde una pregunta que en la difusa amargura actual cobra un sentido de urgencia: *¿como quiero vivir! ¿Qué importancia debo dar al amor, al trabajo, al vecinaje, la familia, la colaboración o el presente y el futuro?* Es una pregunta opuesta al imperativo que hoy circula con más fuerza en nuestro mundo: *¡debéis vivir consumiendo: mejor no pensar!* Frente a esta imposición, la cultura nos propone crecer democráticamente. No es poco. Y con la *hermosa claridad* de Nietzsche. O, como nos recuerda Diderot, *para enfrentarnos a la violencia, el obscurantismo, el fanatismo y la estulticia*. Sirve para vivir, convivir y luchar. Sirve para estar en lo que realmente nos importa. La felicidad viene después, por añadidura. Conectar cultura y felicidad: he aquí un reto para la cultura de la emergencia. Porque la eternidad es ahora.

El arte despierta hambre de sentido común, de significado evolutivo donde edificar y sostener la vida común y plural. Desde el sentimiento y el asombro que facilita, traza, comunica, empuja. El arte que siempre está contra toda banalidad, impide la barbarie. El arte de presencia y conversación, de propuesta y reto, ha estado –y debe continuar- en el centro de la cultura, sin confundirlo con ella, que es más y múltiple.

En la mayoría e espacios para la cultura debería figurar, en la entrada y con grandes letras: *no somos aburridos ni cómodos:*

somos los que empujamos una ciudad y un mundo con sentido intensamente humano. O poner un cartel al estilo del que optó un obispo francés en la entrada de su catedral cercana al Mediterráneo: *abstenerse de entrar en bañador: dentro no hay una piscina.* Que traducido sería: *abstenerse de entrar para entretenerse: dentro pensamos, creamos y compartimos.* Estamos tan mal, en la mayoría de direcciones en los centros para la cultura, que estos y sus equipos han perdido todo trazo de imaginación creativa audaz. Pasan su tiempo centrándose en la sacrosanta economía y en la evaluación de resultados: entradas vendidas, número de apariciones en los medios de comunicación... ¡Miserables! Después nos largan discursos sobre creatividad, artes, festivales y, los que quieren hacerse el progre, sobre las aportaciones de la cultura en las necesidades sociales. ¡Confeti tontón!

La cultura crea y sostiene corresponsabilidades públicas: compartimos, desde las diferencias, la ciudad común laminando el hiperindividualismo con sabor americano excluyente que ha proliferado en estos últimos decenios. Nos indica y muestra que la ciudad es siempre entre iguales colaborativos. La cultura nos facilita, constantemente, reflexión abierta sobre estas cuestiones tan fundamentales que hemos estúpidamente olvidado. La cultura nos mantiene en reflexión continuada, alimentada ahora por los nuevos ciudadanos –a menudo tan diferentes- que la ciudad acoge: los inmigrantes y refugiados son siempre una bendición. La cultura facilita no solo el entendernos, el convivir desde consensuar ideas, puntos de vista, estilos: nos constituye a todos ciudadanos en común, desde una inteligencia compartida desde todas las diferencias. Así la ciudad avanza hacia su plenitud vital. Sin simplificaciones y exclusiones. Desde el mutuo reconocimiento. La cultura abomina de los guetos. Con la cultura estamos constantemente rediseñando nuestra vida, ciudad y mundo. La cultura es *disegno* de vida compartida con la *finezza* de la *virtú*.

La cultura de la emergencia para la vida en libertad creativa y colaboración solidaria debe empapar, como lluvia fina, toda la educación, ahora inundada por estupideces, tan valoradas, como el emprendimiento entendido solo como éxito súper individual desde el triunfo económico y los logros del tener y poseer por encima de nuestras posibilidades: educación para lobos con corbata o bolso de marca. A la educación básica, larga, cada día se le amputan más aprendizajes para lo humano de la vida y se meten más tecnologías bajo los pomposos nombres del conocimiento, el talento, la gestión, la eficiencia, la eficacia, la productividad o la competitividad. Todo cuestiones secundarias, siendo extraordinariamente generoso. Los procesos de diálogo, el trabajo en equipo, las experiencias desde las artes, el abordad grandes temas que la vida nos plantea a veces ferozmente, ligados al amor y el sexo, la amistad, la confianza, la democracia, el respeto a la tierra, la igualdad, la violencia, las guerras, la pobreza, el pensar críticamente y el obrar conjuntamente... deben estar en el epicentro. No como cuestiones filosóficas abstractas: como retos vitales a los que cada uno, y colectivamente, debemos enfrentarnos para hallar respuestas y apuestas para nuestra cotidianidad abierta al futuro.

Es hora de que la gente corriente, anónima, periférica, esté en las decisiones desde la cultura. Porque ya estamos en un nuevo renacimiento cívico después de los tétricos tiempos Del Capital Oscuro, La Política Podrida y La Cultura Estúpida.

No me ha sido fácil llegar a la cultura de la emergencia. De joven, la cultura era pura belleza. Me enamoré del renacimiento italiano y todo lo que representa. Después descubrí Grecia visitando, con un amigo, sus museos y ruinas que me hablaron de una democracia que apostó por la perfección. Más tarde me sedujo Roma y todo lo que aportó la romanidad en ambas orillas del Mediterráneo. Le siguió el espléndido románico catalán que

me sirvió de puente para introducirme en Bizancio y Oriente. Es en medio de este fascinante viaje, desde las artes y el pensamiento cuando aterricé en la Barcelona de los últimos 60 y me sedujo su cosmovisión contemporánea y desafiante. Y me quedó, chico de pueblo, a trabajar en su cultura civil y municipal. En un viaje de invierno a Florencia, a inicios de los 90 leí, fascinado entre capuchinos y artes, *Presencias Reales* de George Steiner. Fue como relámpago esperado durante el largo verano: la lluvia de su planteamiento radical desde la cultura como espacio privilegiado y único para construir y compartir sentido creativo para la vida, especialmente, desde las artes, me hechizó y transformó. La cultura, desde entonces, es una siempre renovada presencia real - el otro - que te invita e interroga desde la creatividad que espera ser respondida. En el huracán inhumano del destrozamiento de la economía por caimanes financieros en el 2007 sentí que el sentido con el que construíamos nuestras vidas y ciudades necesitaba una transformación radical. Y en mayo del 2011 apareció la muchachada indignada y la buena nueva de los movimientos sociales que me invitaron a subrayar, desde lo más contemporáneo abierto al futuro, que el sentido creativo para la vida y la ciudad solo podemos crearlo-en-común desde una multitud de voces colaborativas. Ha sido una larga aventura. Sé, con ellos, por dónde navego. Y voy a serle fiel.

La gran crisis actual no es la de la economía: la humanidad vive nublada y finalmente se ha dado cuenta, en la ausencia de sentido que le facilitaban las religiones o las grandes ideologías, que estamos en lo póstumo: rayando el abismo de la destrucción por catástrofe ecológica y desigualdad aberrante. Vivimos, de nuevo, en la intemperie pública. El último sentido global laico, el del neoliberalismo rampante y omnipresente, ya estamos seguros que es La gran estafa: su concepción religiosa del mercado absoluto como nuevo dios indiscutible, está fracasando estrepitosamente. Aquí, en Europa, tenemos el zombismo alemán descristianizado que apuesta por la religión de la

austeridad, la autoridad y la disciplina bajo la papisa Merkel. Nos zombiza a todos: son los sagrados guardianes del euro que es ya moneda alemana. El sur estamos espacialmente angustiados: obedientes a la fuerza. Ante este paisaje real, desconcertante y no solo europeo –viajad por favor por Latinoamérica- la cultura debe preguntar, plantear interrogantes una y otra vez desde formatos y estilos diferentes, complementarios. Con rotundidad crítica desafiante. Porque la raíz de la cultura y su expresividad plural está en plantear, una y otra vez, sentido ético: no aquello que debemos hacer –esto es moralismo- sino impulsarnos, inspirarnos, a cómo comportarnos otramente y conjuntamente, con radicalidad. Esta cultura, hoy especialmente, debe plantear preguntas. Una amiga mía, cuando le pido como anda, me contesta siempre: *¡cansada de subir al pódium!* Es hora de bajarse y andar entre tinieblas, entre angustias, ansiedades, problemas... para hallar salidas que no pueden ser las que nos han conducido a unas vidas, ciudades y mundo con asfixia espesa. Es hora de comprender. Es hora de hablarnos. Para resucitar. Son tiempo d trompetas.

Descolonicémonos personalmente y como ciudadanos en red de ciudades. Orillemos lo innecesario y superfluo. Combatamos ferozmente a los que nos imponen cualquier dominación. Denunciémosla, hagámosla imposible. Dejemos de mirarnos de reojo, con desconfianza. Hay miles de razones que no debemos olvidar, pero a menudo dejamos en el desván. Una en especial que debemos recuperar: generosidad creativa y colectiva para recrearnos, reencantarnos, reinventarnos en una ciudad y un mundo en el que todos nos sintamos vivos, convivenciales e iguales. Es la gran tarea, nada fácil, que nos aguarda a los de la cultura de la emergencia. Debemos, para ello, empezar a descolonizarnos a nosotros mismos y a nuestros centros para mestizarnos desde los débiles, los últimos y desde la red de redes de las asociaciones civiles que en cada barrio están junto a los ciudadanos, a pesar de todas las interferencias y bochornos.

Necesitamos otra manera de pensar para otra manera de vivir. Me gusta, en este sentido, tener presente que la cultura que mestiza para el sentido en común no solo suma: es otra y es mejor.

El único arte que me interesa es aquel del que puedo robar algo afirmaba David Bowie, tan descaradamente creativo en su vida y en su tiempo. Tiene razón: a mí me ocurre exactamente lo mismo. Si lo que veo en pintura, en fotografía, cine, teatro o escucho en música y leo en un libro... me apasiona, me queda en mi sensibilidad, piel, emoción, conocimiento... lo atesoro como sangre de mi sangre. Decía también otra cosa esplendida: *a veces creo que no soy una persona, sino una colección de ideas ajenas*. De otros, de muchos, de diferentes. Él, el artista divino de los años más estrafalarios y aparentemente individualistas, sabía que somos colectivos, sociales, que el compartir nos humaniza: nos civiliza. Cuando las artes proponen y logran esto facilitan cultura creativa de una manera extraordinaria para la vida personal y común. Son las que amo.

Dado el estado catastrófico en que se halla la igualdad en nuestro mundo, la cultura debemos pensarla, presentarla y compartirla como un campamento en la intemperie, como un taller de reparaciones y repuestos, como un laboratorio al aire libre de reinvención o como casa de acogida. Quitarnos, pues, las corbatas de seda, dejad los bolsos monos y los zapatos de tacón, abandonad los despachos, apagad las luces de los encuentros con glamour, desenchufaros de vuestra obsesión por los media, despedid a los artistas que buscan enormes sumas de dinero. A la igualdad, toda esta memez ostentativa le repugna.

Una honda radiación, esto es lo que debemos lograr: una honda radiación de sentido cívico que se expanda trepidantemente y sutilmente desde todos los centros en red para la cultura de la ciudad, que ahora debemos comprender como antenas que

saben escuchar, captar, sintonizar, crear, difundir, compartir y expandir. Una honda radiación para contar que los tiempos del dolor causados por la delegación, la subordinación, las exclusiones o los abusos no regresarán. Una honda radiación para anunciar y propiciar la buena nueva de la democracia en libertad cooperante, del fin de las injusticias, de la vida raquítica. Una honda radiación para proclamar que ya no serán posibles las exclusiones, los abandonos y que una primavera de sentido radicalmente humano no está al llegar: está entre nosotros para que florezca, crezca y de frutos. Honda radiación para la cultura desde las emergencias.

La cultura no es algo único de nuestra especie: los chimpancés de Hone Goodall reaccionan ante las tormentas y las cascadas. Parece que sienten fascinación por el sentido de lo maravilloso. Incluso danzan y se emocionan, alegran, sienten tristeza, amor, compasión o autosacrificio. Y guerrear. ¿Por qué los tratamos mal? Son casi como nosotros, con una línea divisoria extremadamente difusa. Nosotros, al humanizarnos, optamos por una sobredosis de cultura: por sentir, buscar, manifestar sentido común que nos facilite convivir, crecer, enfrentarnos a dificultades, celebrar, cuidarnos. Construimos muy lentamente una ética de valores colaborativos que jamás termina porque estamos en evolución. A esto lo llamamos hoy la (R)evolución creativa para lo procomún. Todo lo que aporta ideas, sugerencias, proyectos, críticas, recursos... para esta cultura de la humanidad compartida debemos acogerlo para facilitarle expresión y espacio compartido. Así de simple. Así de emergente. Así de imperativo en la noche del dinero a cualquier precio como único camino totalizante de éxito, avance y perfección. Es la barbarie de los grandes machos. Que ya está en nuestros amigos los gorilas: el gen, el 1%, que nos diferencia nos permite pensar otro futuro. Es ahora de ponerlo a funcionar aceleradamente. ¿Podemos lograr el 1.5%? Desde la cultura.

No tenemos demasiado tiempo así que... No lo tenemos porque la tierra está cansada de abusos y las vidas, aunque vivamos más, tienen muchas otras vidas para ser vividas intensamente. La cultura para la emergencia debe optar por la biocultura otra: relacionarnos con la vida personal y común desde el respeto y la escucha viva diferentes. A saber optando por lo prioritario que nos sostiene vivos, juntos y nos hace crecer. Que no es ni el consumismo desatado, el espectáculo banal incesante ni el sometimiento a los totalitarismos múltiples dogmáticos. Y sí todo lo que nos facilita una relación íntima con la naturaleza, un encuentro energizante con nosotros mismos, unas relaciones fluidas y no interesadas con los otros diferentes... ¡Es biocultura! Los museos momificados, los productos para la cultura de estantería, los aislados en la duración perpetua del Beato Internet Glorificado y el Santísimo Móvil siempre en las manos, los obsesionados por todo lo que comporta acumular para poseer, los que les pirra tanta basura envuelta en celofán, deben repensar sus vidas. Deben desobedecer a lo que hasta ahora ha marcado el epicentro de su existencia. La biocultura creativa está obligada a presentarles algo mucho más estimulante e imprescindible.

Todd Solandz, cineasta, quería labrarse una carrera como monologuista pero su madre, la noche del estreno, le recordó que no era gracioso. Y suspendió la actuación. Más tarde, escribió: *súbete a un escenario y haz una performance. Si es divertida, será un monólogo, comedia en vivo. Si no lo es, será arte contemporáneo.* Contundente. Y ásperamente cierto. A mí me gusta el arte contemporáneo porque es, simplemente, arte: despierta sentido desde el hoy y el ahora. Y me ponen de los nervios los creativos y directores para la cultura que proponen como arte contemporáneo lo que es solo novedad como ocurrencia o, peor, aún artefacto para ganar montones de dinero. En la cultura para lo común, esto es delito contra los ciudadanos porque malgastan recursos públicos para

estupideces, a menudo entre amigos. Ya mayor, cada día distingo menos entre etapas en arte y sé que lo nuevo, original e innovador está en todas ellas: solo hay una que me dice, pregunta, llena, incomoda, sorprende... Todos los otros son otra cosa. Porque carece de sentido. ¿Por qué dedicarles tiempo y entusiasmo?

La primera crisis es de gran emergencia: la cultura o el estilo por el que hemos optado vivir y convivir desde finales del siglo XX e inicios del XXI, es groseramente deficiente. Ahora, además, estamos estancados, desorientados. Urge, pues, pensamiento para el sentido ético con el que queremos reconstruirnos: necesitamos un renacimiento urgentísimo. La amplia familia de los pensadores, creativos, gestores, para la cultura deben estar ahí con profundidad de onda expansiva, olvidándose del infecto virus de lo comercial o el éxito narciso: la cultura como producto de estantería es una aberración que debe ser lapidada sin excepción alguna. Y la cultura como éxito narciso, aunque algunas obras sean espléndidas, debe pagársela quien es egocéntrico. La cultura de la emergencia que necesitamos con premura, que debemos pensar y proponer, surge de las fragilidades de las vidas, las ciudades y el mundo. Para aprender de ellas. Para superarlas. Para plantear respuestas que son claves y no pueden dejarse en manos de periodistas manipulados o los media que ya son la estupidez sin sentido. Esto es especialmente inaplazable porque en algunos temas estamos en un callejón sin salida, por ejemplo en lo ecológico y los refugiados. ¿Cómo debemos crear otra situación vital? Es la pregunta que exige respuestas ni monótonas ni estereotipadas. Esta pregunta, estoy convencido, no puede dejarse bajo ningún concepto en manos de los economistas. Ni de solo los políticos, tristemente.

Estoy en Bogotá, en el Museo del Oro. Suntuoso, fascinante, maravilloso. ¿Cultura? Sin duda: es el resultado de la cultura de unos pueblos precolombinos que buscaban sentido para sus

vidas, muy ligadas a las fuerzas de la naturaleza, que la transformaban en dioses con los cuales religarse: el cosmos no era algo lejano para todos ellos. En la plaza, frente al museo, muchos pobres buscan algo para que su vida no sea miserable, desvalida: la cultura del oro actual debe estar con ellos, pobre entre los pobres, aportando igualdad, dignidad, esperanza y oportunidades reales. Me siento en un banco. Soy el único extranjero. Dejo que sus miradas, sus gestos, me abofeteen para que jamás les olvide. Y jamás deje de movilizarme para estar entre ellos compartiendo creatividad y solidaridad. Hablo un rato con un muchacho negro. Al levantarme deposito en las manos del que me parece más necesitado todos los pesos que llevo en el bolsillo y algunos que guardo en la cartera. ¿Es un gesto de cultura? Tengo suficiente con que sea un gesto de humanidad primaria.

Para la cultura de la emergencia necesitamos otra arquitectura.

Una arquitectura que sepulte, definitivamente, la grandiosidad monumental, el exhibicionismo tecnológico y el divismo del arquitecto y la ordinariez mediática del político. Demasiados edificios para la cultura se han construido desde este estropicio. La que viene es una arquitectura con mucho menos medios, más humildad, que aproveche materiales, que recicle, a la vez heroica y cotidiana. Las remodelaciones y reconversiones son primero. Los tiempos de ejecución deben ser más cortos. Y jamás se deben superar los costes pactados en la contratación. Así que necesitamos arquitectos que capten la información sobre los barrios y sus ciudadanos, antes que la última tendencia en las revistas internacionales de arquitectura exquisita. Necesitamos arquitecturas concebidas y ejecutadas como acupunturas que transformen y energicen el espacio urbano, donde la creatividad colaborativa entre ciudadanos y arquitectos sea una regla inquebrantable. Empezando siempre desde el núcleo vecinal. La arquitectura para la cultura debe ser sensata, entretejida con su

entorno. Una arquitectura que ella misma sea una propuesta de sentido entre la cacofonía compleja de lo urbano actual.

La cultura para la emergencia muy a menudo es una propuesta de legitimidad frente a los legalismos imperantes, pensados y ordenados para la sumisión de la ciudadanía: desafía, cuestiona, ultrapasa... lo establecido para liberarlo creativamente y desde una multitud crítica y altamente cívica. A menudo empieza por un stop: *por aquí, no más*. Se planta. Dice, pública y rotundamente, *¡no!* Y no se queda aquí: abre boquetes en el muro para que la hierba verde con flores rojas crezca, ardele, arruine lo inhóspito, para ir edificando lo diferente desde valores civiles necesarios, incuestionables, inaplazables. Esta cultura tiene, en los equipos de creativos jóvenes, una energía vibrante. Desafiante. Llena de luz.

Los datos indican que el crecimiento económico será, durante muchos años, muy mediocre porque pasaremos del desempleo al subempleo. Ninguna alegría. ¿Tiene algo la cultura que aportar a esta realidad estremecedora? ¿O continuará autista, como nos tiene acostumbrados, con sus *cositas* de siempre? ¿O planteará el tema de fondo, que es estrictamente cultural: como queremos vivir y convivir juntos? La nueva mediocridad no es tal: es el tiempo para que algunos pocos diseñen e impongan un estilo de vida centrado en la economía salvaje que ya hemos experimentado. La cultura, que es diseño de esperanza, ¿dejará que salgan con la suya? Este es el gran reto de la cultura para la emergencia. Estoy convencido que todo lo otro, por importante que sea, viene después. Y mucho después.

Somos el 20% genético y el 80% ambiental en lo que atañe a las enfermedades que impiden alargar la vida en juventud de las células. Los científicos lo confirman. El 80% depende de nuestros hábitos de vida: ¡de la cultura! A saber cómo vivimos en la ciudad, el estrés laboral y emocional, cómo nos relacionamos y

organizamos para liberarnos... Depende de lo que hacemos. De cómo nos comprendemos y comportamos. Si tal es, la cultura debe servirnos para plantearnos preguntas esenciales y elaborar respuestas y propuestas favorecedores de vida en calidad. Y no es así en la cultura de los últimos decenios. Ha triunfado la ordinariéz del distraernos para no plantearnos las preguntas realmente importantes para la vida. Hasta que... Hasta que llega la enfermedad grave. I entonces las preguntas básicas se presentan con toda su crudeza radical. ¿No sería mejor avanzarlas? ¿No sería más inteligente obrar/vivir en consecuencia?

Necesitamos mujeres, una multitud de mujeres acogedoras y audaces en la mayoría de organizaciones para la cultura, con demasiados hombres poderosos y muy vacíos bajo su camisa impoluta y las iniciales bordadas sobre su corazón frío. Mujeres que quieran ejercer de mujeres. Son más de equipo, interrelacionales. Les preocupa muchísimo el sentido de las cosas. Hemos tenido, para la cultura, suficientes padres autoritarios: nos conviene una larga tarde de madres implicativas, sumatorias que nos acojan a la mesa, juntos, para compartir no exquisiteces: comida, alimento sabroso para nuestra cotidianidad luminosa y compartida, cocida desde la proximidad. Están sumamente preparadas. Y están pésimamente tratadas porque se les exige más que a los perfectos encorbatados marmóreos. Mujeres con un vestido estampado, a poder ser. Y con poco maquillaje.

Los indígenas, estos pueblos originarios diezmados, sometidos y casi borrados, en cultura deben emerger en un contundente primer plano porque sus cosmologías, sus visiones de la vida en el mundo, están poderosamente ligadas a la tierra y a la comunidad, esa manera de vivir en común que ya hemos olvidado. Las cosmologías, no los trajes regionales ni el folklore para el entretenimiento de ilusos turistas. Debemos promover

una reconciliación de culturas, un dialogo sincero, para aprender unos de otros y destilar una cultura pactada para que todos salgamos ganando. Ésta es una tarea urgente porque muchas de estas culturas originarias están desapareciendo: son una pérdida por su experiencia acumulada y sus estilos de vida que han inspirado siglos. Cada vez que viajo a Latinoamérica me duele el estómago porque la modernidad contemporánea olvida este patrimonio o lo usa para el turismo. ¿Cuál es la ciudad de Latinoamérica que rompa este lamentable estropicio? Y no hablo de África porque la conozco poco, lamentablemente. Me lo pregunto rotundamente, otra vez, en Quito mientras visito, estremecido, una exposición sobre el maltratado y olvidado indigenismo.

Hacer visible lo invisible, este afán del hombre desde los albores de la civilización, constituye la tarea clave para la cultura de la emergencia: diseñar, anticipar, empujar, compartir, hacer posible una vida, una ciudad y un mundo donde la vida en común sea vida y no solo supervivencia para los más y comodidad para unos pocos. ¿Qué debe, pues, visibilizar la cultura en los debates que propone, en las exposiciones, en las invitaciones al teatro o la danza, al cine o la música, las instalaciones o los videos? ¿Con qué estilo debe proponerlo? ¿Con y desde quiénes? ¿A quiénes invitar e incitar preferentemente? La verdad conozco muy pocos equipos de centros para la cultura que estén en esta tesitura. Y es apasionante, además de indispensable después del largo ciclo de consumismo estandarizado y absolutista, del triunfo del dinero y de sus gordos sacerdotes financieros. Porque la tierra no resiste. La desigualdad está provocando ira. Los totalitarismos engendran refugiados desesperados a nuestros países que no están dispuestos a acogerlos. Europa ya no es de los plurales ciudadanos. En Estados Unidos manda un presidente que es una burla a la democracia. En Latinoamérica las ciudades son repulsivamente desiguales, mayormente. Los valores éticos se han convertido en bolitas brillantes para la navidad. En este

bosque frío donde vivimos, la cultura siempre es revolución para mostrar futuro invitativo desde la libertad radical y la cooperación incesante.

Voy a componer una fuga de temas que escribí en un bar después de una conferencia sobre la cultura de la emergencia.

1. Cultura de la emergencia es sinónimo de transformación continuada desde nexos entre creativos y ciudadanos establecidos a partir de centros para la cultura en toda la geografía de la ciudad y que se prolongan en la vida personal para explotar en cambios que necesita lo común siempre en evolución desde la igualdad y la pluralidad.
2. Cuando la cultura no opta por los débiles, por estar junto a sus vidas, compartiéndolas, es entretenimiento para acomodados, belleza para lo superfluo, aspirina para ciudadanos que tienen dolencias, pero que no quieren despertar.
3. Todo espacio desde la cultura de la emergencia debe concebirse, diseñarse y funcionar como una confluencia de propuestas creativas y colaborativas para otra vida en común siempre desbordantemente invitativa.
4. En cultura sobra boato, novedad insulsa, cultismo academicista, prestigio, bombo, estrellato, funcionarios aquietados, gerentes miopes, políticos narcisos, sagrada economía, verdades únicas, públicos objetivos estáticos y bien vestidos que pagan siempre abultadas entradas, distinción, estatus o divismo. Toda esta fanfarria debe tirarse inmediatamente en el container de la esquina y en el que pone con letras muy legibles *no reciclable*.
5. El arte es solo arte cuando mejora la vida desde preguntas, escalofríos, punzadas, liberaciones, propósitos, enunciados y apuestas alcanzables: es para el movimiento.
6. Hemos trabajado durante décadas en cultura desde la razón eficiente y eficaz: ¿por qué no trabajamos durante

- una década desde el corazón ciudadano palpitante? Sus razones no coinciden, afortunadamente.
7. Si cada centro cultural, en la ciudad ambigua, claroscuro, no es luz, faro, estorbamos: la luz, el faro, es palabra otra.
 8. El arte jamás termina en uno: empuja a la transformación, al remolino para las cosas en-común, agitado por creativos no domesticados.
 9. Desde la cultura para la emergencia no podemos ir perdiendo, constantemente, lo que una ciudad puede y necesita ser y compartir desde la pluralidad de sus ciudadanos.
 10. Muy personal: en la cultura hay demasiado ruido de fondo: necesitamos espacios y propuestas que inviten a compartir silencio para autocomprendernos, resetearnos y emprender seguramente otras iniciativas en lo personal y lo común.
 11. Despertemos, despertemos y despertemos para una nueva sensibilidad que alumbre otro estilo de vida más feliz y conjuntamente.
 12. Cultura de pie, liberada de servidumbres comerciales y partidarias, mediáticas, narcisistas o de gremio. Cultura para andar de pie como ciudadanos por la calle, estar en la plaza, conformar nuestra vida personal y en común. Cultura sin genuflexiones, besamanos o renunciadas. Siempre andando con los ciudadanos últimos, un poco al trote...
 13. Los movimientos sociales en estos últimos tiempos han resurgido con fuerza a pie de calle y plaza: la cultura tristemente ni está aquí ni está con ellos.
 14. Algunos, pero, ya caminamos entre los ciudadanos.

Para la cultura común pública concibamos cada centro, espacio, organización, como una plataforma singular en red de redes que se expanden desde el motor común de una marca creativa/cívica consensuada. Desde esta marca de valor cada centro debe facilitar iluminaciones en la noche, experiencias de reinención

continuada, lentamente, desde la personalidad diferenciada. Seamos espacio para los futuros. Sin farsa alguna. Espacios como evidencias políticas de vida cualificada civil en revuelta valiente. Con un punto de desvergüenza frente a tanta corrección política sometida, tanta dictadura económica y tanto fanatismo tecnológico. Hasta ahora han predominado en el sector para la cultura los espacios dominantes de lo grande y caro: museos, teatro, auditorios, festivales... Este modelo no debe prevalecer en la red de redes para una cultura con los ciudadanos porque no es ecológico, porque anula la biodiversidad desde la acaparación de los recursos y las comunicaciones. La diversidad empieza por los centros para la cultura en horizontal: centros cívicos, bibliotecas, escuelas de música, librerías, un parque con una espléndida escultura en todos los barrios donde acoger grupos creativos curiosos, innovadores y aportadores de sentido. Lo pequeño no es solo hermoso y cultura: es lo próximo indispensable.

La cultura para la emergencia cuida lo que denominamos cultura popular o aquella que celebra el paso del año, convirtiendo algunos días en celebraciones festivas con rituales singulares. No podemos desatender estas fiestas, pequeñas o grandes, ni banalizarlas a través de convertirlas en comercio o infectándolas de estupideces al estilo Disney o turistizándolas, la última tendencia para descafeinarlo todo y sacar alguna pasta. Tampoco pueden quedar en manos de tradicionalistas recalcitrantes que no permiten transformación alguna. La clave, aquí, está en compartirlas con los jóvenes desde su infancia, asegurando que la atmosfera es de ayer y hoy, para que sea también del mañana, implicando en su celebración a las diferentes culturas de la ciudad o un pueblo: ahora serán, subrayadamente, celebraciones civiles.

Seamos radicales: los espacios para la cultura de la emergencia son y serán espacios para el conocimiento civil: para la

potenciación entusiasta y plural de la ciudadanía con sentido ético para lo procomún y lo personal. ¡Nada más ni nada menos! Espacios que nos permitan entender que está sucediendo en la ciudad/mundo, en nuestras vidas. Espacios que faciliten gérmenes de interrogantes y esbozos de horizontes otros, tan urgentes. Espacios, pues, imprescindibles para la vida plena. Talleres desde donde imaginar y construir otro mundo, ciudad y vida. Gasolineras para repostar sentido no envilecido ni mercantilizado. Aulas para aprendizajes de esperanza incesante. Ágoras donde encontrarnos desde la diversidad. Lugares donde lo inesperado, lo improbable, es posible. Todo esto será realidad desde equipos que aborrezcan el espectáculo vacío, la banalización, el estereotipo, la moda o lo desactivado. Equipos vitalistas, apasionados, vibrantes desde la ciudad urgente. Nada sosos. Advenedizos o artistetizados. Con una generosidad desbordante y un acogimiento incesante.

Lo que ha impulsado en estos últimos 40 años la cultura ha sido la economía: la rentabilidad o el negocio. Los ciudadanos han creído, además, que ésta cultura debíamos dejarla en manos de expertos: artistas, políticos, académicos, intelectuales, gestores... Así se ha alejado del debate ciudadano y del escrutinio democrático y, también, del compromiso de cuidar a los más débiles con todo lo que comporta: cómo queremos vivir conjuntamente. Resultado: la cultura se ha transformado en un campo para profesionales cerrado, grandemente desactivado, influido por la voz cantante del ultraliberalismo económico y su mafia financiera que ha dictado las pautas del mundo con engaños insistentes, vociferados como única verdad y posibilidad desde sus propios medios de comunicación potentísimos. La cultura pasó, además y en estos años, a ser cosa de cotos cerrados: museos, auditorios, teatros... Algo especialmente indicado para el tiempo libre, el gran tiempo para el consumo omnívoro. Algunos no hemos claudicado. Y hemos sido acusados de herejes, de radicales, arrinconándonos en los márgenes. No

todos lo han vivido agradablemente: pocos lo hemos experimentado como un placer y, aunque no me gusta la palabra, un honor. Hemos continuado pensando desde la raíz cívica, desde las cosas fundamentales entre las que está siempre la cultura que humaniza. Y jamás solo distrae, atonta, despista o acumula. Todos estos estamos hoy en la cultura de la emergencia o en la tesitura del pensar y proponer, junto a una multitud de indignados, cómo queremos vivir y convivir lejos de los lobos.

La cultura de la emergencia debe enfrentarse –no solo resistir– a la farsa política y financiera de que el mercado es el único mundo y vida posible: ésta es la ideología sádica del despotismo dominante. Ha abrazado la democracia para asfixiarla: la degeneración ecológica, la desigualdad bárbara, los totalitarismos rampantes... evidencian la catástrofe de este abrazo experimentado y rechazado por una multitud de demócratas. No podemos, desde la cultura de la emergencia, aceptar esta farsa de patadas hacia adelante para prorrogar lo que ya no tiene sentido y debe ser, radicalmente, destruido por tóxico. Los arreglos fueron. Continuar cómplices con este abrazo abrasador comporta profundizar en el fracaso hasta el ahogo y la esclavitud con grilletes de neón. Debemos, los de la cultura, debatir públicamente tal estropicio. Basta de silencio. Solo el debate y la movilización nos facilitarán una nueva libertad y colaboración. Otro sentido: la ética común de la vida que siempre es alternativa para la dignidad humana en avance.

Cuando nos aislamos, la creatividad se reduce porque las ideas surgen del dialogo con los otros: somos relacionales. Pongamos, pues, en cultura el acento en los procesos de lo que estamos haciendo bien juntos, lo que podemos hacer mejor lo que fallamos y olvidamos estúpidamente. De estas preguntas, de esta opción para lo procomún, nace y se recrea, se regenera, sentido, que es lo nuclear, el corazón palpitante en cultura. La cultura es

un gran nosotros y sus centros somos el motor que debemos alimentarla muy femeninamente: acogiendo, jamás dictando, cuidando. Si vives sin relaciones es muy difícil encontrar sentido en la vida. Los de la copa del mundo de fútbol lo han entendido muy bien: proponen grandes encuentros, enormemente deseados. Los de la cultura parece que esto de propiciar deseo continuado para el encuentro no les interesa porque siempre estamos preocupados por nuestras cosas. La cultura de la emergencia o es deseante, relacional y colaborativa o no es cultura. Será academia, lucimiento y todo lo que ya sabemos después de tantos años de políticas culturales para la individualidad satisfecha y vivible. Prendamos fuego a tanta impotencia. Todo lo que proponemos, hacemos, debe ser relacional: centro con creativos, ciudadanos, grupos... Por pequeño que sea: en el barrio, con recursos escasos.

Estemos junto a los movimientos sociales, junto a los que no toleran la injusticia, la desigualdad, la extinción del planeta, la democracia desactivada, la violencia constante... Movimientos que se enfrentan al miedo continuado que el sistema financiero constantemente inyecta: no hay otro mundo posible y siembran miedo, desconfianza, resignación. El miedo, han descubierto, se supera con la indignación que permite ir más allá del temor que pase algo impropio: provoca acción colectiva desde el incendio de redes sociales que se encuentran en las plazas de las ciudades. En este proceso los movimientos sociales generan cambios de mentalidad que entusiasman y abren esperanza: cambiar el sistema es posible desde pequeñas batallas densas y encadenadas. Las voces de los ciudadanos en las plazas, retumban para que no nos hagamos más los sordos. Despiertan. Después los movimientos sociales decrecen y se mantienen en estado de hibernación hasta otra primavera que ya está en el horizonte. Esta es su grandeza cívica. Los centros para la cultura debemos estar junto a ellos en todo este fascinante proceso. Y terminado el momento máximo de su presencia en las plazas, los

de la cultura debemos retomar en nuestras manos las propuestas acordadas por una multitud de ciudadanos hasta que se conviertan en estilos de vida, modificando leyes, transformando gobiernos, transmutando modales ya periclitados o manifiestamente perniciosos. Los movimientos sociales son corazón de cultura otra imprescindible.

La cultura de la emergencia no solo entiende y está presente en los cambios vertiginosos de estos tiempos: toma parte para que las transformaciones se orientan siempre a favor de los ciudadanos y se hagan con ellos, directamente. Para ello el equipo de un centro para la cultura debe conocer, discutir, vibrar, estar en línea, con pensadores como Peter Sloterdijk, Slavoj Žižek, Ulrich Beck, Zygmunt Baumann, Seyla Benhabib, Martha Nussbaum, Toni Negri, Amartya Sen, Thomas Piketty, Colin Crouch, Christian Laval, Axel Honneth, Marc Augé, Charles Taylor, Michael Walzer, Kwame Appiah, Avistai Margalit, David Gellner, Douglas Rushkoff, Stanley Cavell, Nestor García Canclini, Ian Hacking, Jaakko Hintikka, Sudhir Kakar, Vladimir Kantor, José Gil, Richard Dawkins, Peter Singer, Byung – Chul Han... ¿Muchos? Por suerte. Facilitan inteligencia compartida, No es poco. Pensadores para la creatividad, todos, desde la realidad y para el futuro. Directo: ¿cuántos conoces?

Todo centro para la cultura está centrado en trabajar para lo común cercano y universal, lucha para que los gobiernos no se arrodillen ante la mafia financiera, establece un diálogo incesante abierto al futuro, denuncia todo conflicto bélico, constantemente comparte energía liberadora desde lo propositivo, denuncia el cambio climático, asume ser voz de los sin voz o los siempre pobres: debemos retomar la dimensión profética de la cultura, abolida por las políticas culturales, que surge de lo colectivo y lo procomún, de la desigualdad y toda dominación. Entonces, convocados por la palabra profética, sapiencial, los ciudadanos comprenden mejor su vida y las

posibilidades de cambio de rumbo. Y optan para ser peregrinos que es una dimensión de lo público que hemos olvidado. Tales peregrinos serán familiares de los centros para la cultura porque ya no quieren vivir más en la intemperie.

El arte nos pone a las puertas de lo inefable, en el límite de lo humano abierto: necesita silencio. Todos sabemos que a menudo emitimos un grito susurrado que nos define y ayuda a entendernos. Todos, también, nos entregamos a pequeños placeres que desafían la crueldad de la vida dominada por la estupidez de demasiados totalitarismos. Quiero a este Wittgenstein: *decidle a mis amigos que he tenido una vida maravillosa y que he sido feliz*. Sus últimas palabras manifiestan la vida de sentido que le facilitó el silencio, el arte, para poder pensarse y compartir su pensamiento, tan contemporáneo, con los interesados en una vida en la que el esfuerzo para construirla tiene en el silencio sonoro y el arte del misterio dos ruedas para seguir adelante.

Nulla aethetica sine ethica, ergo: apaga y vámonos. Lo dejó escrito en una pizarra de la Universidad de Barcelona, Valverde para protestar por la expulsión de Aranguren de la Universidad de Madrid, en los tiempos del fascista Franco. Pocos lo recuerdan. Es una lástima porque debe ser el lema, el valor, la vibración de fondo para la cultura desde la emergencia. Cuando la cultura no está en el nervio principal de lo que se piensa, diseña, produce, se comunica... el resultado es monísimo y prescindible. Los gestores economicistas de las políticas culturales rimbombantes dudo que puedan reconvertirse después de tantos excesos estéticos vacíos, simplemente mediáticos o destinados a potenciar número de públicos para exhibir en sus evaluaciones impropias. Creo que deben retirarse o debemos retirarlos: pidámosle el favor de un último gesto estético ya que se olvidaron durante tantos años de la ética y me gustaría que su lugar lo ocuparan mujeres y jóvenes cívicos: la

cultura de la emergencia será ética o no será, insisto hasta la pesadez.

El nervio de la cultura desde la emergencia es siempre y siempre la esperanza, hoy más en unas ciudades y un mundo donde los ciudadanos se sienten vulnerables y, en multitud, directamente excluidos. Hilar la cultura desde el hilo vigoroso de la esperanza es cosa de artesanos: de ciudadanos, profesionales y voluntarios, que piensan cívicamente, que cooperan desde las diferencias, que crean desde singularidades conectadas con el hoy y el mañana desde lo local y lo global... ¿Qué ciudades, qué futuro, qué vida? Son preguntas que la cultura constantemente debe elaborar abiertamente. Y no pueden ser planteadas, esbozadas, presentadas y dialogadas si no es en el horizonte de esperanza para otra vida, ciudad y mundo en el que el ultraliberalismo financiero, esa cosa repugnante de estos últimos años, debe ser olvidado. Para ello no bastan las visiones angelicales en la cultura. O el mirar a otro lado: la cultura que no transforma, seda.

La cultura, no la educación ni la política, es la que funda y mantiene viva, apasionada y abierta, interrelacionada y creativa, a una ciudad. Porque plantea, empuja, estabiliza y comparte como queremos vivir desde una ética civil que jamás puede ser estática, encorsetada, dictada, miserabilista, ranciamente conservadora: es el resultado consensuado de un proyecto común desde la pluralidad de voces, opiniones, estilos, horizontes, memorias y presentes. Por eso la cultura es fórum y no cátedra. Un fórum en red de centros, de núcleos energéticos, acogedores y propositivos, que tienen en los teatros, los auditorios, las bibliotecas, los museos, los cines, el patrimonio... espacios privilegiados, activos, que escuchan, interrogan, trazan. Lugares imprescindibles para sostener y acrecentar la vida personal y común. Lugares donde pensarnos y repensarnos. Para después decidir y codecidir. Para actuar. Lo que el teatro, una

exposición en un museo muestra, tiene una presencia real, profunda, que moviliza conciencias e insinúa actuar para el estilo de vida que deseamos y nos cuesta asumir. Si tal hace, lo que propone es cultura. Si no despierta aliento, impulso propositivo, es espectáculo. Algunas propuestas, especialmente audiovisuales, impulsan violencia: son repugnantemente barbarie. Cuando la cultura no nos molesta, el sueño de la idiotez se apodera de todos nosotros.

Nuestra herencia no viene precedida de ningún testamento, afirma el poeta René Char. Nuestra cultura no está marcada por el insoportable largo reinado de las políticas culturales neoliberales totalitarias de estos últimos decenios donde la sacrosanta economía se ha infiltrado en todos los poros de las organizaciones y grupos para la cultura. Debemos, pues, junto a los movimientos sociales, que crean nuevas matrices para una nueva política para la cotidianidad, impulsar, acordar desde un dialogo, un nuevo orden, un estilo de vida común que afronte los difíciles retos actuales y futuros desde la democracia no sometida. Vida en común en concordia desde, incluso, los opuestos. La cultura sabe cómo hacerlo. Lo ha hecho repetidamente con resultados de más humanidad compartida. ¿Qué proponemos, programemos, desde dónde, cómo lo hacemos y con quiénes? Son preguntas jamás neutras en la cultura de la emergencia en la que estamos. Hoy las plurales redes para la cultura son responsables del cuidar el alma ética de nuestras ciudades como servidores.

A menudo regreso a Calvino en sus *Seis propuestas para el próximo milenio*. Lo que proponemos desde la cultura debe ser leve: olvidémonos del pasado altisonante, cerrado, aburrido, monotemático. Debe ser rápido porque trabajamos y apostamos desde lo que ocurre ahora, olvidando esa tendencia tan romántica en cultura y solemne de regresar una y otra vez a textos u opciones que son de otra época y no respiran nuestra

contemporaneidad. Debe ser exacto: aborda los problemas y necesidades, los retos y sueños, con bisturí. Debe ser visible: mostrémonos, estémonos en las agendas de los ciudadanos con subrayado permanente. Debe ser múltiple: fusión desde culturas plurales para acordar lo común, consciente y generosamente. Debe ser consistente para que corra sentido ético para las vidas actuales, no fáciles. Compongamos desde estas siete llaves, que son apuestas estructurantes, lo que presentamos a la ciudad y al mundo para que mire diferentemente, entienda diferentemente y obre muy diferentemente.

El codiciado premio Turner finalmente optó por el Colectivo Assemble, un grupo de diseñadores, creativos y arquitectos de Londres que ha sido reconocido por su obra de regeneración urbana en un barrio degradado de Liverpool, a través del dialogo con los vecinos para recuperar su hábitat. ¡Al fin arte en lo común! El Turner, en los últimos años, premió tonterías de una vulgaridad tremenda. La novedad como espectáculo parecía que fuera su divisa. Ahora opta por el arte político: subrayar lo que aporta el arte en la vida de la gente en situaciones más que difíciles. Es un pequeño gesto de esperanza. Un fogonazo que a los de la cultura nos impele a salir, creativamente, de los muros de nuestros museos, teatros y demás. Durante años nos hemos preguntado cómo incrementar públicos, cómo ser más originales y novedosos. Y hemos optado para que los ciudadanos vinieran a nuestros espacios. La cultura de la emergencia se pregunta en qué lugares de la ciudad podemos estar nosotros como equipo creativo y colaborador junto a los ciudadanos. La ruptura de tendencia es drástica para quien quiera asumirla.

Hemos vivido una temporada interminable bajo la hipocresía de unos artistas, políticos y gestores que nos han colado una cultura de baja intensidad como la única posible. Es hora, como escribía Gramsci en la cárcel *que este viejo mundo muera*. El nuevo tardará en aparecer, le parecía. Depende de nosotros. Y

concluía: *en este claroscuro surgen los monstruos*. Algunos: los totalitarismos pornográficos en nombre de la religión, la glorificación de la violencia del miedo que nos quiere enterrar en casa, la tecnificación total para una vida artificial enclaustrada y controlada... Más que nunca urge que el ecosistema interactivo cultura-educación-ciudadanía de su do de pecho para no solo enfrentar las intoxicaciones fósiles: para crear la nueva atmósfera de libertad corresponsable desde la pluralidad donde queremos convivir. Y, en esta atmósfera, optar por un mundo y vida muy diferentes. Porque la otra atmósfera tiene un nombre abominable: sometimiento, donde la calidad humana se descompone.

La cultura para la emergencia gira en torno a la subversión de lo trivial y embrutecedor que nos empobrece, enfrenta, desorienta y desazona. Es una cultura que propone aprendizaje continuado: la cultura es el lugar –los escenarios, los museos, los libros, las películas...- donde reaprendemos a vivir y convivir. No es, pues, jamás pasiva: es estimulante. Pregunta. Dialoga. Increpa. Porque todo aprendizaje autentico implica conversión: optar por otro estilo de vida común y personal menos grosero, no solo comercial, nunca sometido, jamás alejado del pensamiento crítico. Es aprendizaje desde la ética civil que nos impulsa estar diferentemente en la vida. Esta cultura del aprendizaje, ilumina. Y, para usar una palabra gastada pero enormemente verdadera, salva. Porque nosotros nos salvamos: optamos por salir de la oscuridad vulnerable, chata, sin sentido. Desde el aprendizaje sabemos que estamos en los tiempos, fascinantes del todavía –no, pero del ya –sí.

Hegel –perdón por el cultismo- afirma que la frivolidad, el aburrimiento que invade todo lo que subsiste, el presentimiento vago de algo desconocido, son los signos que anuncian algo distinto que está en marcha. Los que estamos en la cultura para la emergencia debemos intentar empujar para que se manifieste

como horizontalidad. La cultura que ha sustentado en estos últimos decenios la democracia ya no funciona: la desigualdad creciente, el descredito de la política, los abusos financieros, la fragilidad en las relaciones,... han desembocado en la emergencia de la indignación: la democracia nos la están vaciando impunemente. La etapa de las grandes certidumbres pasivas, los movimientos sociales la han dejado atrás: hay otras maneras de vivir en-común. La cultura de raíz burguesa que ha dominado Occidente durante tantos años, está profundamente averiada. ¿Triste? Aprendamos de los errores y con creatividad colaborativa audaz, tracemos otra: reinventémosla. Sin concesiones. Ésta apesta a sucios lobos hambrientos.

La cultura nueva, emergente, debe enfrentarse al axioma, a la creencia o costumbre que el sector financiero altisonante quiere imponer como único modo de vida: la economía es la propia vida y el éxito económico es la misma felicidad. Lo demás viene después. ¿Lo han conseguido? Han ganado batallas. Su lema es punzante: la cultura de la ética debe ser substituida por la economía del mercado. Tienen el aparato mediático internacional comprado: lo proclaman directa, indirecta y constantemente. Han irrumpido en la educación para cortar las áreas de reflexión y potenciar las estrictamente económicas: les interesan súbditos, no ciudadanos críticos. Presentan modelos de éxito a los jóvenes para que creen pequeños emprendimientos y se unan al sector de las ganancias. Han sometido a gobiernos. Pero no han ganado –ni ganarán- la guerra, que es i será larga: la terrible desigualdad y el desastre climático que es consecuencia directa de su paradigma, les está explotando en los propios morros como una bomba humana. La cultura de la emergencia solo puede estar facilitando munición para imposibilitar la metástasis global de la desigualdad y el la devastación ambiental, proponiendo otras maneras de pensar, sentir y actuar conjuntamente. Y audazmente. La cultura es una guerrilla no violenta en red: junto al inmenso y creciente

precariado que experimenta, cada día, la dictadura de la economía solo para ricos. Es fascio. La respuesta se llama liberación. Seamos radicalmente no convencionales: erradiquemos la economía del núcleo de la psique común y personal. Es nuestro gran objetivo. Y sabemos cómo. Aceptar esta mutación es cosa de cada ciudadano: la indignación ya es huracán.

Debemos incorporar a la cultura para la republica algunas ideas propias de la cultura cuando todavía no la denominábamos así: la coopreocupación o el mutuo cuidado creativo. No nos dejemos seducir solo por la innovación: la innovación en cultura siempre es para la cooperación mutua en lo común entre los ciudadanos en la niebla de nuestras ciudades y tiempos. Coopreocupación y mutuo cuidado para ser más iguales, más felices, que es otra palabra para designar la igualdad. En el fondo, cultura siempre es compromiso: como salimos adelante juntos en lo que nos proponemos. Es pensamiento en acción. Aquí está el genio de su creatividad: cómo hacerlo.

Cada vez que leo u oigo: *¿la cultura puede cambiar el mundo?* Pienso que quien tal cosa afirma es un ignorante voluntario o una apisonadora descerebrada. Porque ya lo está haciendo. Porque ya sabemos que el cambio del mundo surge del cambio de las actitudes vitales del común de los ciudadanos que apuestan por una ética que responda, desde la humanidad con dignidad, a las necesidades y retos de los tiempos, que siempre son otros. La cultura siempre es raíz, es motor, es cultivo, es motivación, es comunión para unas vidas, ciudades y mundo en común desde la libertad colaborativa y todo lo que esto comporta para reinventar constantemente, desde la intimidad en multitud, la organización social donde queremos convivir. La cultura es liberación incesante.

Hasta el 2008 vivimos unos larguísimos años en el hiperconsumo y la producción ilimitada: todo era aquí, ahora y maravilloso. Y de repente explotó la catástrofe del planeta que no aguanta, los bancos se hundieron, los servicios públicos se cortaron bárbaramente, lo común quedó en segundo plano y triunfó la precariedad... Pero ya estamos instalados en el después. Unos pocos, en estos tiempos vulnerables, han engordado mafiosamente. Las asociaciones ciudadanas y algunos gobiernos locales han intentado poner parches paliativos. Ya no bastan. Ahora sabemos que estamos en los tiempos de la creatividad, de la imaginación, de la innovación, que está en el corazón de la humanidad común: debemos regresar a la cultura, a otra cultura especialmente, la de la emergencia para la radical transformación de toda la basura que se nos ha tirado encima y en la que en los años de prosperidad nos hemos instalado tan ricamente. Una cultura que debe ser enormemente crítica frente a lo ocurrido y al estado lamentable del mundo actual, tóxico, agónico, con condiciones para la vida cada día más limitada en su dignidad. Una cultura que deja atrás todo atisbo de individualismo amurallado para abrazar lo común que nos une. Una cultura propositiva, pero con los pies metidos en todo lo ocurrido, tan desagradable y chapucero. Una cultura que despierte. Que desafíe. Porque lo zombi no puede continuar. Y el punto y aparte ya ha empezado.

Durante años vengo insistiendo que la cultura facilita sentido ético, cívico, para la vida común y personal, por este orden. Algunos les debo parecer un obsesivo pesado. Me reafirmo. Si tal hubiéramos hecho los que estamos en la cosa, los ciudadanos llenarían los espacios para la cultura porque lo que más ansia cada uno es encontrar sentido profundo y horizontal en su vida. En estos tiempos de vendaval, mucho más. Buscamos sentido, cierto, pero este sentido lo queremos experimentar físicamente en los centros para la cultura para después incorporarlo a nuestra vida real y propia. Y desde ella, a la vida común

compartida. Solo así el sentido se interioriza, solo así sentimos el gozo, el éxtasis, la fascinación por estar vivos y juntos. Para ello el sentido que debemos proponer en los espacios para la cultura de la emergencia debe fluir, desprenderse del teatro, danza, cine, literatura, exposiciones que muestran, propongan e inviten a experimentar vida otra para el hoy y el mañana. Experiencias desde la creatividad que la cultura facilita y que cada uno de nosotros conservamos en nuestro interior, por más que parezca que esté ya en cenizas. Experiencias que nos faciliten entender, vivir y cambiar aquello que nos preocupa, que nos desencanta, que nos pauperiza y reduce nuestra vida y convivencia a algo chato y monótono.

Cuando voy a centros para la cultura y noto que no desprenden vibración de fondo y forma, me voy. Antes de dar un grito que rompa algún cristal o alguna obra de arte magnífica, vuelvo a escuchar. Si lo que oigo es propaganda, narcisismo, ruido, divertimento, oportunismo, salgo corriendo sin mirar atrás, no fuera que el mal augurio de los que han montado tal cosa me contamine. Esta es mi actitud vital. Y es la de muchísimos ciudadanos que han ido y se han cansado de estar aburridos en espacios para la cultura helados, decorativos, planos, planchados, oportunistas, esplendorosamente grandilocuentes y terriblemente idiotas. Lo espantoso es que continúan abiertos: deberíamos emparedar en ellos durante un mes con ayuno, abstinencia y reflexión, a todo el equipo directivo y a su corte de eunucos creativos. La sabiduría no está en ellos. Ni la contemporaneidad.

Basurales, me escribe Pablo el que me inspiró estos textos en Rosario: muchas ciudades y mundo están llenas de basurales, algunos presentados con gran atractivo de envoltorio mediático. Incluso logran anular el mal olor: si no te dejas engañar, apestan más. Basurales son Wall Street y todas las oficinas que ocupan las altas finanzas corruptas solo en ganar más y sin escrúpulos,

basurales son los gobiernos corruptos, basurales son –y con qué dolor- los barrios miseria donde hemos encerrado a los últimos con mil excusas inmantenibles, basurales son todas las empresas y personas que contaminan el medio ambiente, basurales son los lobbies que influyen sobre las instituciones democráticas que se ocupan de lo común, basurales son la mayoría de las películas de Hollywood que exaltan la violencia, basurales son los medios de comunicación manipuladores... Hablar sobre ellos, denunciarlos con su nombre y apellido, explicar la miseria apestosa que expanden, debe estar en las propuestas de los centros para la cultura, mínimo una vez por trimestre. Y con coraje. Si no lo hacen estos centros forman parte del basural sordo a la barbarie. En todos los basurales hay saqueo, humillación, destrucción. ¡El gran capitán hoy es Trump!

Debemos convertir los espacios para la cultura en *axis mundi*, en centros del mundo para la vida común y personal. Espacios donde la quietud para el pensar conjuntamente y el movimiento para la transformación personal y en la ciudad se unen. Esto lo logra el ritual que hemos olvidado: facilita experiencias de éxtasis. A saber, salirnos del nosotros mismos y el ahora mismo para sumergirnos, libre y creativamente, en otra dimensión que ya está en nosotros o fluye en la atmosfera. Ritual que no se logra con grandes arquitecturas y decoraciones grandilocuentes: lo facilita una manera de disponer el espacio, de señalizarlo, de acoger a los ciudadanos, de presentar las cosas, de invitarlos... para que se abran a lo que allí va a suceder y ellos esperan, desean, necesitan. Todo en muchos espacios culturales huele a grandilocuencia o low cost. *Dime cómo tienes el espacio, cómo acoges a los ciudadanos y qué les propones y te diré quién eres*, le solté a un equipo de directivos para la cultura después de escucharlos largamente en lo que todo me parecía excusas. Se quedaron impactados. A partir de aquí, cotrabajamos. Tenía en mente lo de Paul Valery: *lo más profundo del hombre es la piel*.

Ni un artista en nuestros espacios para la cultura de la emergencia. Desterrémoslos por una década. Desde el 2000 con descaro, especialmente los plásticos, se han convertido en los embajadores de la superficialidad en busca de dinero fácil y copioso, con pocas excepciones. Son fabricantes de mercancía, lo opuesto a la cultura siempre escuchante y facilitadora de sentido para la vida. Optad por creativos dotados para captar, entender y fabricar desde el canto ambiguo de los tiempos y desde una experiencia personal que los impulsa a la vez a trabajar en equipo y a proponer apuestas de otra calado para la vida. Creativos que reinterpreten su inconsciente ardiente, lo compulsen con lo común y desde allí propongan.

Como no, en Estados Unidos y en la mismísima universidad de Harvard, una multitud de estudiantes prefiere los cursos intensivos sobre la felicidad a los de la sagrada economía. El profesor tal Ben-Shahor, aconseja que la felicidad es una sensación general y prolongada de placer y significado. Experimentas que la vida está llena de sentido. Lo leo y me digo: por este seminario deberían pasar la mayoría de los equipos para la cultura. Tal vez, pagando los abultados honorarios de la universidad interiorizaran que lo suyo es facilitar sentido. Que la cultura se centra en esta felicidad. Algunos obsesos apostarían por las clases de economía. En uno de los templos de la sagrada economía ya se enseña que la felicidad se experimenta desde algo muy distinto del comprar y el poseer más y más. En los espacios para la cultura la palabra felicidad suena a: *ifelicidades, muchachos!*

Cuando los ciudadanos estamos despertando en la realidad y no nos gusta y a una multitud ya le molesta, cuando ya no estamos dispuestos a que lo financiero nos humille y lo partidario nos manipule, la única seguridad que nos queda es la incertidumbre de lo improbable. En esta tesitura compleja, los espacios para la cultura deben plantear y facilitar apertura,

búsqueda de sentido, encuentros para el dialogo y el pacto, experiencias emocionales otras, para que la incertidumbre se convierta en seguridad y lo improbable en vida otra constatable. Somos los ciudadanos quienes hemos de decidir por nosotros mismos nuestro futuro y mundo. Los centros para la cultura, en esta red de decisiones, son puntos de nexos, energía, entusiasmo e ideas.

Me molesta, grandemente, la extravagancia por la que han optado las artes plásticas en especial. Estoy contra el situarla en su epicentro porque las impulsa al espectáculo vacío, grandilocuente y prescindible. Es una estratagema gritona para llamar la atención dentro del sistema cerrado del arte: este cenáculo que frecuentan los coleccionistas que invierten dinero como quien antes compraba propiedades o diamantes con sus precios desorbitados, sus inflaciones interesadas y su culto desmedido a la personalidad, eficiente y eficaz, que impulsa a tales obsesos a avanzar hacia un límite que ya es delirante. A la cultura de la emergencia no solo esto le es ajeno: denunciarlo porque las artes, y las plásticas en particular, han sido desde los tiempos de nuestra primera humanización un vehículo para establecer relaciones entre nosotros con lo desconocido.

Las políticas culturales optaron por engordar: todo era pesado, grande, solido. La cultura para afrontar las emergencias actuales y futuras que ya están aquí, concibe y gestiona los centros como redes que expanden ideas, energías, vibraciones, que interactúan con los que los visitan y colaboran. A través de ellos se expanden y contaminan la ciudad de los ciudadanos plurales que también es onda, energía, vibración que se enreda múltiplemente. ¿Qué comporta esta perspectiva? Abrir la mente primero de los equipos de dirección y de todos los colaboradores creativos/prepositivos para, a través de lo que se proponen y cómo, los ciudadanos experimenten el sentido para la vida que

los centros para la cultura en red constantemente bombean para movilizar más y más ciudadanos.

En unas ciudades en que impera el mercado/dios de la explotación insaciable, de lo nuevo intrascendente, el horror al aburrimiento y la repetición, lo provisional como eternidad... los centros para la cultura de la emergencia van a contracorriente y lo gritan: ofrecen silencio, desconexión, descontaminación, interioridad, intensidad personal, ayuda mutua e ideas para un estilo de vida respetuoso con uno mismo, con el entorno del barrio y la tierra.

Metamos pólvora de sentido en los esguinces, en las fisuras, en las pequeñas quiebras y hendiduras que existen en el capitalismo de la codicia, la humillante escenificación de la basura sentimental en las teles, el parloteo de los telediarios rematadamente idiotas y egocéntricos, los momentos de la autorreflexión que deja el trabajo para el éxito a cualquier precio o la desesperación por encontrarte con mierda hasta las orejas. Pongamos pólvora de reencuentro, abordemos la realidad sin intelectualismos de baratija y los profesionalismos con sus análisis de una frialdad de disección que parecen autopsias. Manchémonos las manos de tanto meterlas entre lo indeseable con ternura y liberación. Amemos las pequeñas dosis homeopáticas para que descubran tantos ahogados en la masacre vacía de la normalidad lo que la cultura abre, propone y pueden experimentar. Metamos las manos en la ciudad cívica y la vida íntima que grita invitación. Que sean manos de equipo. Acogedoras. Cortocircuitemos la rueda del hámster acelerado. Provoquemos cortocircuitos, chispas para pensar y reconectar con uno mismo y la ciudad/mundo.

La cultura para la emergencia es intercultural sin anular las diferencias entre culturas. Si no respetamos las diferencias para conjugarlas desde el dialogo y el pacto se impone la

multiculturalidad del silencio y cada cultura desconecta del resto aislándose en barrios, tribus o ámbitos. Debemos reconocer las diferencias plurales para una cultura en común, que son siempre oportunidades para repensar los propios valores que jamás son inviolables ni verdades absolutas. En este debate público y el pacto, las emociones profundas aparecen y pueden vehicularse diferentemente para un común acordado cuya resultado es mucho más estimulante que lo que cada cultura ofrece por separado a la vida. La cultura desde la emergencia no es buenismo cultural abstracto: es el fruto maduro de haber interrelacionado inteligentemente culturas distintas. Toda cultura monolítica que excluya el dialogo es fundamentalista, talibán. Está a un paso de la decadencia o la barbarie. Las fronteras culturales aparentemente infranqueables siempre pueden abrirse y superarse desde la generosidad para vivir en común.

La prueba del algodón para que nuestros programas para la cultura no estén manchados por caspas y estupideces: estemos con los jóvenes precarios, los ancianos discriminados, los parados perpetuos, los inmigrantes olvidados, las madres solteras aisladas, los excluidos de los servicios públicos, los que experimentan rabia por humillación, discriminación y desigualdad... No seamos birria monumental.

La cultura para la emergencia es estructuralmente política y nada, nada partidaria. Todo el cuento chino sobre que la cultura debe alejarse de la política es propaganda infame montada para que la cultura sea un trasto desactivado. Es política porque se preocupa, radicalmente, sobre cómo queremos vivir y convivir en el mundo de hoy, en las ciudades y pueblos del hoy y del mañana. Más: la cultura es la base de la política porque la inyecta ética consensuada. Cuando confundimos política con estructura de gobiernos y partidos, estamos atontados. Cuando la confundimos con la democracia, vamos bien: es su gemela.

Democracia colaborativa, horizontal. Jamás solo y cerradamente representativa. Y la madre de ambas es la cultura.

Vivimos acelerados, compulsivos, estamos estresados, ansiosos, dispersos, a menudo deprimidos. Nos movemos en torno a lo repetitivo: no nos desplazamos. Nos movemos, pero no nos movilizamos. Movilizarse implica deseo, opción por el otro diferente, pasión, horizonte. La cultura en esta insoportabilidad propone instantes de diferenciación en los que el tiempo de lo repetitivo se suspende porque emerge un acontecimiento que nos conecta con lo otro deseado casi siempre pospuesto: en esta experiencia intuyes quien realmente eres y quieres, quienes son los otros fascinantes e indispensables, entiendes porque malvives y cómo quieres vivir. Estos acontecimientos, en cultura, acostumbran a darse a través de la poesía, el teatro, el patrimonio, la música... discretamente, te descubren tu otra intimidad y vivencialidad. A la que puedes optar por seguir y permanecer. O no. El acontecimiento pregunta, propone: es una experiencia de comunión otra que suspende la linealidad de lo cotidiano monótono acelerado. ¿Continuas con lo descubierto? ¿Intentas repetirlo? Es por todo ello que la cultura continúa siendo revolucionaria, continúa aportando transformación radical: aporta vida con sentido, tan diferente de la vida como producto o consumo.

La cultura está y se realiza entre los ciudadanos y, de una manera más contundente y vivificante, cuando éstos se encuentran en espacios públicos de plazas, barrios, pueblos...a través de propuestas pensadas y producidas creativa y colaborativamente entre grupos, asociaciones civiles, apoyo de gobiernos locales... para movilizar actitudes y acciones en pro de lo común, a favor de causas de humanidad pisoteada o hacia las que queremos avanzar..., sirviéndonos de la experiencia de sentido que nos facilita el teatro o la música, el cine o la danza y, muy especialmente, el mismo hecho de encontrarnos desde las

diferencias: de estos encuentros emerge horizonte compartido con civilidad vigorizada.

Is dictis... En mi adolescencia cada viernes por la mañana traducía un fragmento de César en sus guerras por las Galias: todos empiezan una nueva aventura con este tópico: *dicho esto, César...* Dicho esto, anotadas todas estas ideas, trazado todo este laberinto con repeticiones en lo que me parece urgente, empiezo otra aventura en la que ya estoy: voy a dedicar mi tiempo, ideas, creatividad, dinero, cooperación para que el monasterio de Sant Llorenç en la comarca de El Berguedà, al norte de Catalunya, sea espacio para la cultura que estas páginas describen, proponen y empujan. Y no lo voy hacer solo: con nuestra asociación para la cultura, con los creativos de la zona, con los ciudadanos, con los gobiernos locales... Me apetece el silencio de las montañas que lo rodean, el éxtasis que desprende su memoria y arquitectura. Sé que necesitaré pasión y paciencia. Me apetece: estoy en el último tramo de mi vida, marcada por la cultura en la que, continuadamente, he buscado sentido. Me apetece, desde el trabajo paciente, dibujar nuevos caminos porque por los que hemos hecho transitar la cultura, en estos últimos decenios, son inadecuados para los tiempos de profundas transformaciones en las que estamos. O, si queréis, al árbol de la cultura le conviene podarlo con furor para trasplantarlo en tierras en las que las urgencias ciudadanos son inaplazables. Los ciudadanos esperan de la cultura, ahora con casi desespero, que les facilite una vida vivida en plenitud, compartida, radicalmente digna. Esperan empujón de sentido para reorientarse. Para respirar otro aire menos contaminado por injusticias abultadas y banalidades estúpidas. Esperan aliento. Espacios donde experimentar nuevas posibilidades para la vida-en-común y personal. Desean una cultura como ágora de encuentros donde encontrarse y dialogar desde ideas imprescindibles que les movilicen para la acción conjunta. Estoy aquí. Y estoy con ellos. Desde el silencio sonoro del monasterio.

Toni Puig

Monestir Sant Llorenç/Barcelona, enero 2018

www.monestirsantllorenc.cat

www.tonipuig.com